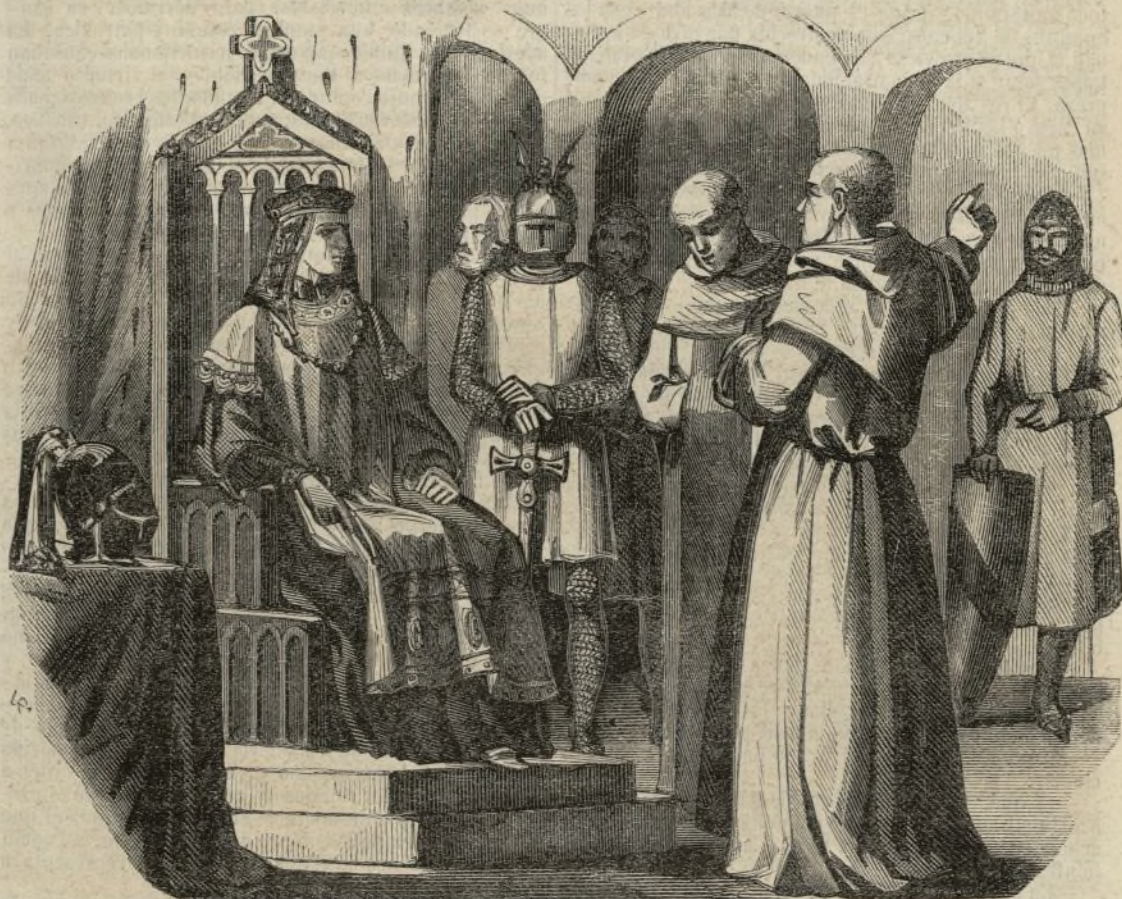




GLORIAS DE ESPAÑA.



Fr. Raimundo y Fr. Diego Velazquez se presentan al rey y le piden permiso para encargarse de la defensa de Calatrava.

LA DEFENSA DE CALATRAVA.

I.

Había el rey don Alonso VII en una de sus bélicas escursiones conquistado á los moros la villa de Calatrava, que por su posición geográfica en la frontera del reino, y por su castillo, era un punto de no pequeña importancia. El rey hizo donación de la villa al arzobispo de Toledo, y con beneplácito de este prelado, entraron á guarnecerla los caballeros templarios. Mientras el rey don Alonso vivió, harto tuvieron que hacer los moros, con rechazar hasta donde les fué posible el impetu de sus huestes victoriosas; mas apenas lograron a'gun res-

25 de abril de 1849.

piro con la muerte del monarca, cuando lo primero en que pensaron seriamente fué en reconquistar á Calatrava.

Don Sancho III al subir al trono, no tuvo tiempo de manifestar si había heredado también las belicosas inclinaciones de su padre, y ni aun había de realizar las lisonjeras esperanzas, que á vista de sus excelentes prendas, abrigaron los pueblos de Castilla. Este malogrado deseo de que tan bello porvenir se realizase, hizo llamar *el deseado* á este rey, así que una muerte temprana le arrebató al año y doce días de reinado.

Al principio, pues, de este corto período y en el año de 1138 fué cuando los moros manifestaron su designio de reconquistar á Calatrava, preparándose á ello con fuerzas considerables. Mas no era precisamente esta circunstancia la que ponía en grave conflicto al rey y á toda su corte: los templarios, aquellos guerreros formidables, cuyo nombre escuchaba la morisma con espan-

TOMO VII. 40

to, no se sentían con fuerzas para defender á Calatrava, y temerosos de los aprestos de los infieles y de la multitud que sobre ellos venía, desamparaban la plaza para devolvérsela al rey que les había confiado su guarda; pero el rey no contando con los templarios, no tenía á quien volver los ojos. En vano hizo publicar por todo el reino el apuro en que se hallaba y en vano ofreció premios y recompensas, pues todo le parecía poco por conservar aquella conquista de su padre. Calatrava y todo su término, desde el puerto de Muradal hasta las cumbres de Yébenes, estaba ofrecida por juro de heredad al que se atreviese á defenderla; pero nadie osaba el tomar sobre sí la responsabilidad y el peligro de tal empresa. El rey tomó partido de designar y de convocar á su corte á las personas que juzgaba mas capaces y con mas medios para la defensa de aquel punto y allí con sentidas razones procuró escitar su entusiasmo.

—¿Qué, les decías, seréis sordos á mi voz?... ¿No habrá entre todos vosotros uno solo que se atreva á defender á Calatrava que va á ser presa de esa gente feroz é impía? ¿uno solo que rehusé acudir allí donde el interés de la religion y de la patria le llama?

Todo era en vano; la sola idea de que los templarios no se atrevían á resistir tenía aterrados los ánimos, y el rey, que estaba ya resuelto á adoptar una resolución extrema, antes que consentir fuese abatida y vilipendiada por la morisma la bandera que su augusto padre había fijado en las murallas de Calatrava, iba ya á revelar su designio, cuando entraron á anunciarle que dos humildes religiosos, que dos monges de la orden del Cister deseaban hablarle precisamente sobre aquel asunto que tanto preocupaba los ánimos.

Efectivamente, dos monges virtuosos y de costumbres austeras, fray Raimundo, abad del monasterio de Santa Maria de Filero, y fray Diego Velazquez, monge de la misma casa, se presentan ante el rey y le piden permiso para encargarse de la defensa de Calatrava.

—Nosotros iremos, decían llenos de santo entusiasmo, y con nosotros irán cuantos se hallen animados de celo por la fé. Si no conseguimos la empresa, moriremos al menos en defensa de la religion y de la patria.

Sorprendido el monarca, no pudo menos de esclamar:

—¿Y qué, vosotros hombres de paz y mansedumbre, acostumbrados á la serena vida del claustro, habeis de acometer una empresa que parece acobarda á mis valientes soldados?

—En el claustro, señor, respondió el abad Raimundo, es donde se aprende á despreciar los males y los peligros de la vida, esperando en premio la bienaventuranza eterna.

—Tambien nosotros hemos sido soldados, exclamó el animoso Velazquez; el corazon que hoy late bajo este tosco sayal, latió en otro tiempo bajo la ferrea coraza. Si; ¡tambien nosotros hemos sido soldados!

—Lo reconozco, contestó el rey alborozado, lo reconozco en vuestro aspecto, en vuestros ojos, en ese ardor que os anima y que me parece un feliz presagio. Calatrava se salvará: vuestra y de vuestra orden es desde este momento, no como premio, sino como testimonio perpétuo y glorioso de vuestra heroica defensa ¡Premio harto mezquino es para vosotros que esperais otra recompensa en la eternidad!

II.

Formalizada por medio de escritura pública, otorgada en la villa de Almazan, la donacion que el rey don Sincho había hecho de la villa y campo de Calatrava, y aprobada esta donacion por las cortes, reunidas con

motivo de atender á sosegar tumultos del reino y evitar en lo posible la guerra entre el rey y su hermano don Fernando de Leon, se dispuso el abad Raimundo á partir al punto cuya defensa le estaba encomendada. Ya no era aquel un proyecto irrealizable que muchos habían graduado de temerario: era evidente que en una tierra con frecuencia invadida por numerosos y desapiadados enemigos, que en un pueblo constantemente amenazado, iban á constituirse unos hombres entusiastas, para derramar su sangre sosteniendo una empresa santa y patriótica. La admiracion y júbilo que estas circunstancias causaban fueron favorables á la expedicion, y el virtuoso abad pudo bien pronto contar con abundantes recursos para llevar á cabo sus designios: animosos soldados, caballos, armas, dinero y auxilios de todo género se facilitaron á los monges del Cister, y hasta el arzobispo don Rodrigo, que no era el que menos había contribuido á la empresa, prodigó las indulgencias y gracias espirituales á los que tomaran parte en la militar expedicion.

Cuando el abad Raimundo se halló en Calatrava al frente de aquella multitud, conoció la necesidad de darle direccion y gobierno y concibió el proyecto de establecer una orden con el doble carácter de militar y religiosa. La orden del Cister á que los monges pertenecían, había de ser el fundamento natural del nuevo instituto, mas como los hábitos de paz y mansedumbre y la vida de retiro y aislamiento de aquella religiosa orden, eran incompatibles con la agitacion y peligros de las continuas batallas que los nuevos religiosos estaban llamados á sostener, reformó los estatutos con arreglo á las circunstancias, y organizó á sus compañeros en dos cuerpos: uno puramente de religiosos, que apartados del mundo, habían de consagrarse al servicio de Dios por todo el tiempo de su vida, y otro de militares que habían de seguir la guerra contra los infieles, aunque llevando tambien sobre las armas las insignias y el hábito de la orden. Ambos cuerpos peleaban, el uno con la espada y con la lanza al frente del enemigo, y el otro con la oracion y la penitencia al pie de los altares, implorando el auxilio del cielo para que sus hermanos consiguiesen la victoria. Tal fué el principio de la inmortal orden de caballeria de Calatrava, nacida para honor del cristianismo y gloria de España: orden á la vez de carácter religioso y guerrero, aunque el primero parece que desaparece, siendo el segundo el que permanece siempre visible y con el que ésta, así como las demas órdenes militares españolas, se representa á la admiracion de la posteridad.

Cuando el abad Raimundo, avisado secretamente de la aproximacion de los enemigos, conoció que llegaban los momentos de prueba, quiso preparar á sus compañeros por medio de una solemnidad religiosa que escitase hasta su mas alto punto su entusiasmo. Era ademas indispensable cierta preparacion antes de recibir aquel título de caballero que había de imprimir un carácter augusto y hacer de cada hombre un ser privilegiado. Una solemnidad religiosa llama á los religiosos á la capilla del castillo y todos se encaminan lentamente, cubiertos con sus mantos blancos que tanto realzan su aspecto noble y varonil. El venerable Raimundo va á la cabeza infundiendo respeto, y en este primer capítulo de la orden se vé reunido cuanto el nacimiento, la grandeza, el valor y el entusiasmo ofrecían entonces en España como el mejor holocausto en las aras de la religion.

En presencia de los emblemas de esta religion sagrada, dió á conocer Raimundo á sus caballeros el objeto principal y mas importante de su instituto, allí recibió los primeros votos de regular obediencia y de profesion militar y religiosa de aquellos hombres que sacrificaban su vida y su libertad al mas santo de los deberes. Allí les hizo ver que debían ser religiosos para

ser mejores soldados y que debían permanecer castos y pobres para combatir con mayor resolución.

Los caballeros experimentan con las santas palabras de su jefe una sensación indefinible y en aquellos momentos de grave y religioso recogimiento en que su espíritu está completamente absorto por la contemplación y la santidad del lugar, el clarín de guerra resuena de improviso en las galerías y bóvedas del castillo. Los caballeros sorprendidos se miran unos á otros: aquella es la señal convenida y no hay duda, los enemigos están ya á la vista de Calatrava.

Aparece de nuevo el animoso Raimundo: su frente está serena, y con el aire de la dignidad y el tono de la inspiración, exclama:

— Vosotros, los que anhelaís la palma del martirio en la pelea, seguidme.... ya ha llegado la hora!

Los caballeros se levantan silenciosos, salen apresuradamente de la capilla y en toda la fortaleza resuena la voz de já las armas!

III.

Habiase ya verificado la temida invasión de los moros en el antiguo reino de Toledo: el numeroso ejército de los infieles, después de haber assolado fértiles campiñas, llegó á la ribera del Guadiana y siguiendo sus deilesas orillas se encaminó á Calatrava, cuya posesión parecia ser el objeto principal de aquella entrada. Era entonces Calatrava villa de algun renombre, y cual fuese el empeño de los moros en reconquistarla se infiere de que los mismos caballeros templarios, á pesar de su belicoso ardimiento, no se habian atrevido á esperar y contrarrestar el torrente de sus enemigos. Estos avanzaban muy confiados, y apenas dieron vista al castillo que reputaban sin defensores, ya dieron por segura su conquista. Sabían que los templarios le habian abandonado, y aquellas murallas medio quebrantadas con los embates del anterior sitio que la villa sostuviera antes de pasar á poder de los cristianos, no eran un obstáculo para aquella muchedumbre entusiasmada y como segura del triunfo. Los moros se prepararon sin tardanza á escalar la muralla, diciéndoles su animoso jefe:

— Precipitaos en la villa: entrad por las mismas brechas; nadie encontrareis que se atreva á resistiros.

En el mismo instante en que pronuncia estas palabras, resuenan en Calatrava los instrumentos de guerra, la muralla se corona de improvisados defensores y se advierten todos los preparativos de una vigorosa defensa. Los moros lo observan, y sin embargo, no comprenden como hay allí dentro gente con resolución bastante para defender el puesto, y todo el impetu de su primer ataque se paraliza con tan extraordinaria sorpresa.

De este precioso momento supieron bien aprovecharse los sitiados: ábrese las puertas del castillo y cien lanzas brillan á los rayos del sol, y luego otras y otras ciento. Los escuadrones se alinean y ofrecen tan imponente como extraño aspecto por el nuevo traje de los caballeros. El hábito religioso del Cister que vestían los fundadores se ha modificado para los usos de la guerra, y todos los caballeros sobre su impenetrable armadura llevan el blanco y largo escapulario religioso con su

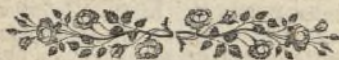
correspondiente capilleja que cae sobre el espaldar cuando la cabeza va resguardada con el duro y pulimentado hierro. El animoso Diego Velazquez despliega un estandarte en cuyo blanco fondo campea la cruz floridísima de gules y el gran maestre Raimundo, vuelto hacia sus caballeros, les dice únicamente estas palabras.

— ¡En vuestras manos está la salvación de la patria!

Entonces el clarín suena y los guerreros parten impetuosamente gritando Calatrava! Calatrava! exclamación que se repite igualmente en lo alto de las torres y las murallas. Los infieles, sin embargo, resisten con intrepidez este tremendo choque y muchos caballeros ruedan por el polvo; pero los restantes rompen las filas, caracolean con sus briosos caballos por entre la apiñada muchedumbre, esparciendo el espanto y la muerte, y al fin los moros, vencidos por el terror mas que por el número de sus enemigos, se intimidan, se atropellan unos á otros, y huyen arrojando sus armas para escapar de aquella espantosa carnicería.

Calatrava se salva y con ella toda la España, no solo porque aquella villa era entonces un antemural del reino, sino porque el suceso allí verificado influyó grandemente en la seguridad de toda la Península. El noble ejemplo dado por los defensores de Calatrava no quedó sin imitadores; fué en extremo fecundo para renovar los sentimientos de patriotismo y para animar á otros muchos caballeros que de todos puntos de España acudieron á imitar una abnegación tan desinteresada y sublime. Ya no eran suficientes los muros de Calatrava para contener á los que acudían á alistarse en el nuevo instituto, y sucesivamente y como dependencia de la órden, fueron poblándose las villas y lugares del titulado *Campo de Calatrava*, siendo hasta cincuenta y una las ricas encomiendas que llegó á tener esta órden, desde que en el año de 1164 fué aprobada y definitivamente confirmada por el sumo pontífice Alejandro III. A los primitivos maestros sucedieron los animosos Perez de Quiñones, Diaz de Yanguas, Garcés, Fernandez de Quintana, Novoa, Gomez Manrique, Ordoñez, Perez Ponce, Nuñez de Prado, García de Padilla, Alvarez Pereira, Guzman, Aragon y Villena, y otros varios hasta los Tellez Giron y Garcia de Padilla que acabaron lidiando con los moros en la Vega de Granada, poco antes de que los reyes católicos incorporasen el maestrazgo á la corona en 1494, cuando lanzados completamente de España los infieles, parece que por falta de objeto ya no podían aquellos incultos caballeros prestar sus importantísimos servicios. Habíase por otra parte hecho sospechoso á los reyes el poderío de esta y otras órdenes militares, de las que sin embargo supieron bien valerse, cuando entretenidos y agitados con desastrosas guerras civiles, les encomendaban toda la defensa de la frontera contra los audaces enemigos del nombre cristiano. Lidiar contra los infieles fué siempre el principal instituto de las órdenes militares religiosas, testimonio el mas evidente de que á los estímulos de la fé se han debido siempre en España esas memorables hazañas, esos heroicos esfuerzos en que mas brillante se ostenta el espíritu de nacionalidad y patriotismo.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.





ESTUDIOS DE VIAGES.



VISTA GENERAL DE CONSTANTINOPLA.

PEREGRINACION DE UN HISTORIADOR.

DE NÁPOLES Á JERUSALEN.

Me embarqué en Nápoles en el buque francés de vapor, *Licurgo*, y al cabo de tres dias llegamos á Malta. Esta isla es sin contradiccion, uno de los puntos mas curiosos del globo. La antigua iglesia de los caballeros no se parece á ninguna otra, y contiene riquezas inestimables: este templo es especialmente notable por los sepulcros de los grandes maestros de la Orden, que en su mayor parte eran franceses. Los ingleses han establecido en Malta una policia muy severa: la ciudad de Lavalette, es un verdadero tipo de limpieza; muchas señoras de las principales familias de Lóndres van á pasar en ella el invierno y tienen brillantes reuniones: una de aquellas ladys posee allí una casa deliciosa situada en la estremidad de un promontorio; el salon del baile parece que está suspendido sobre el mar.

Nuestro vapor llegó á Malta al medio dia, y permaneció en la rada hasta la mañana siguiente, que nos hicimos á la vela; arribamos á Esmirna, y despues

atravesamos el estrecho de los Dardanelos: los dos castillos contruidos uno á cada lado por Mahometo II, no podrian ya impedir que los buques de guerra atravesasen aquel estrecho, cuyo paso juzgaba tan difícil el conquistador de Constantinopla.

Cuanto mas nos aproximábamos á la capital del imperio otomano, latia mi corazon con mayor violencia porque sabia que iban á presentarse á mi vista muchas maravillas. Llegamos por fin al frente de Constantinopla, y confieso que por el pronto mi admiracion no fué completa: es un espectáculo ciertamente magnifico, pero hay en él alguna confusion; no puede distinguirse con exactitud el sitio del puerto, que se confunde con el Bósforo: Pera, colocado en frente de la punta del Seraillo, parece que forma parte de la ciudad. Esta confusion es perceptible para todos, cuando en Nápoles, al primer golpe de vista, se abraza la estension de la bahia, y se descubre todo perfectamente.

Desembarcamos cerca de la aduana, y me hice conducir á Pera, único cuartel en que los europeos pueden habitar con alguna seguridad. Habia leido en todos los libros escritos por los viajeros, que los embajadores de las potencias cristianas residian en aquel arrabal, que en él tenían sus palacios, y que era en fin una ciudad

semejante á las de Francia ó Italia. Hasta me habia figurado que las calles de Pera estarian un poco aisladas y tendrian suntuosos edificios.

Al salir de la aduana atravesé una plaza ó mercado en que habia una multitud de gente, que solo se componia de hombres vestidos de diverso modo, y pisando una porcion de inmundicias: jamás habia visto tanta basura esparcida por el suelo. Pasado el mercado, llegué á una calle por donde no podrian caminar tres hombres de frente: fué preciso escalarla en cierto modo, pues era en extremo pendiente: al cabo de media hora de subida, llegamos á la meseta que corona aquella altura, y nos encontramos en la parte mas deliciosa de Pera. Aquí, las aguas sucias, en vez de correr, se quedan estancadas en unos grandes hoyos: las casas de los embajadores están construidas en el declive de la montaña; por manera que no se las descubre, y solo se ven en aquella larga calle tiendas de zapateros, sastres, y comerciantes de modas: aquellas tiendas, generalmente pequeñas, se alquilan á precios exorbitantes: así es que los viajeros pagan á peso de oro los objetos mas insignificantes.

Un espectáculo para el que de ningun modo me hallaba preparado, hirió mis ojos en aquel momento: vi desembocar por una especie de paseo, una porcion de niños que marchaban en fila con los brazos cruzados y las manos debajo de los sobacos, como suelen ir en nuestras ciudades, eran los discípulos de las escuelas cristianas que salian de las clases conducidos por cuatro ó cinco religiosos de aspecto interesante y tranquilo. Aquellos frailes trasportados á larga distancia de su patria, dirigian á los niños con tanta seguridad como pudieran hacerlo en una nacion católica.

Estábamos entonces en una especie de encrucijada que terminaba por una parte con un cementerio, y por la otra con el *Teké* ó convento de los derviches tornados. De repente se presentó un ginele seguido de otros muchos; venia de lo alto de la calle de Pera, y traia la direccion del sitio en que me encontraba. Vestia un redingote azul, sin adorno alguno, pero su caballo, que era uno de los mas hermosos que he visto, estaba magníficamente enjaezado. Detuvo el hermoso corcel para no romper la doble fila de los niños conducidos por los frailes, y aquel personaje era el Sultan.

Acontece con frecuencia, que los viajeros están meses enteros en Constantinopla, sin poder ver al soberano, y yo por una feliz casualidad, le encontré media hora despues de mi llegada.

Aprovechando las noticias que se me habian dado, me hice conducir á una modesta posada, cuya dueña era una señora francesa, y cuyos precios convenian muy bien á la mediania de mis recursos. Las posadas de Pera son las mas caras que pueden imaginarse. Mi huésped habitaba en Constantinopla hacia cuarenta y seis años, y hubiera podido dictar unas excelentes memorias. Los hombres no pueden escribir nada completo sobre las costumbres turcas, porque les está prohibida la entrada en muchas partes, pero las mugeres se introducen en donde quieren, y solo de ellas pueden adquirirse algunas noticias acerca de los harems.

La colonia cristiana de Pera, vive como en Europa, los embajadores, los cónsules y los ricos comerciantes reciben por la noche. Sin embargo, el viagero que desee recorrer las calles de la poblacion, debe proveerse de tres cosas. La primera es un par de botas anchas y muy altas que se ponen encima del calzado y del pantalon, sin lo cual se llegaría con los pies llenos de lodo, y no sería recibido en las habitaciones, cuyo principal lujo consiste en ricos tapices. Así es que en los recibimientos ó antesalas ven muchos pares de aquellas botas colocadas en fila. La segunda cosa es una linterna, mueble todavía mas necesario que las botas, porque si alguno sale

sin luz, es al momento aprehendido por los centinelas que se encuentran por donde quiera, y aun con frecuencia se le suele enviar á pasar la noche en la carcel de Constantinopla: en cuanto á esto no hay en Europa fortaleza mejor guardada que Pera: la tercera cosa, y absolutamente indispensable, es un buen baston para apartar los perros, que son muy numerosos, y que reconocen á los cristianos por el olfato como nuestros perros conocen á los mendigos, con solo la diferencia de que nunca ladran, que se acercan callando y muerden; los turcos los quieren estremadamente, mas sin embargo no los acarician. A la puerta de casi todas las casas se ve una cazuela con agua y un pedazo de alfombra vieja, en el que se echa el animal, que comunmente es de un color pardo leonado.

Podria escribirse un artículo muy curioso, sobre los perros de Constantinopla, sus costumbres, su legislación y sus privilegios; sin embargo, solo hablaré de ellos para referir una aventura desagradable que ocurrió algunas semanas antes de mi llegada á Estambul.

Es indudable que estos perros pardos, que vagan en gran número por las calles de Constantinopla, son originarios de Asia, y descienden de los que llegaron con el ejército conquistador de Mahometo II, en 1453, por cuya razon el pueblo bajo los profesa mucho cariño. Desgraciado del que en medio del dia se atreva á pegar á aquellos animales cuyos dientes acaban de desgarrar su pantalon; el primero que lo vea se pondrá de parte de su compañero, y el infeliz cristiano será apaleado de un modo cruel. El número siempre creciente de estos perros, producía graves inconvenientes: las riñas entre cristianos y musulmanes, eran cada dia mas frecuentes: los enviados de las potencias estrangeras hicieron vivas reclamaciones, y la autoridad tuvo que adoptar medidas. En casos semejantes, en Madrid el corregidor manda matar unos cuantos centenares de perros vagabundos, se trasladan á los muladares para enterrarlos allí, y todo queda concluido. Pero en la antigua ciudad de Constantino, se hacen las cosas de distinto modo: fueron reunidos cuatro ó cinco mil perros, y colocados en embarcaciones que los condujeron á la isla de los Principes, al cargo y cuidado de un griego que se ofreció á desempeñar aquella comision: se le entregó adelantada la suma necesaria para la compra de las provisiones para los desterrados, porque lo que se queria era desembarazarse de ellos, pero no hacerlos morir. El griego habia tomado á su servicio muchos compatriotas suyos, y cuando le pareció que los perros estaban ya bien establecidos en su nuevo domicilio, los abandonó sin el menor remordimiento, y corrió á refugiarse en los estados del rey Oton, en donde gastó alegremente con sus compañeros el dinero destinado para la pitanza de sus pensionistas. Ariadna, abandonada en la isla de Naxos por el inconstante Teseo, tenia al menos hermosos racimos de uvas para apagar su sed, pero aquellos perros de todo carecian. No se quejaron mucho en los primeros momentos, pero al cabo de algunos dias, atormentados por el hambre, comenzaron á ladrar de tal modo, que sus aullidos llegaban hasta la punta del Serrallo é impedían dormir á las mugeres: el pueblo de Constantinopla, en cuanto supo la aventura se sintió movido de compasion, y muchos caiques ó esquifes se dirigieron á la isla de los Principes con intencion de recoger á aquellos pobres animales, y traerlos á su antigua morada. Cuando vieron llegar á sus libertadores, se agruparon en la ribera, y se precipitaron con tanta furia sobre la primer embarcacion, que por poco la hacen zozobrar: era tal el desórden que reinaba en aquella turba indisciplinada, que los dueños de las barcas, juzgaron prudente virar de bordo; porque estaban muy espuestos á sumergirse con su caique, bajo el enorme peso del gran número de perros que querian entrar en

una misma lancha, y aquellos hombres generosos, se vieron obligados por su propia seguridad a abandonarlos á su malhadada suerte.

En cuanto el buque que os conduce echa el áncora en la rada, Constantinopla se ofrece á vuestra vista de una manera admirable, aunque como ya he dicho, un poco confusa: para gozar bien de la posición y tener una idea justa de ella, es necesario subir á la torre de Galata, un poco mas abajo de Pera. Es preciso saber para la inteligencia de los lugares, que el arrabal, separado de Constantinopla por el mar de Marmara, y que se llama generalmente Pera, está dividido en tres partes muy distintas, ó mas bien en tres mesetas, porque aquella montaña se asemeja á una inmensa escalera: la primer meseta, se llama *Tophana*, ó el cuartel del arsenal, porque *top* significa cañón: la segunda *Galata*, antiguo cuartel franco de los genoveses; y la última que forma la cúspide, *Pera*, la cual aunque sirve de residencia á los embajadores, es una verdadera cloaca.

Deseoso de ver á Constantinopla en todo su esplendor, me trasladé á la torre de Galata. Es de hermosa construcción, y según se cree, obra de los genoveses del siglo XIV. El conserje me pidió al entrar, un regalo, que se llama *bakchis*: esta palabra es el fondo de la lengua turca, como *goddem* lo es de la inglesa, *franco* de la francesa, etc; *bakchis* se oye por todas partes, y si los perros supiesen hablar, seguramente os dirían *bakchis*: con este motivo se me contó una anécdota que no debo pasar en silencio.

Un médico francés, que hacia poco tiempo se había establecido en Constantinopla, fué llamado para visitar á una muger armenia que se hallaba gravemente enferma, y que pertenecía á una familia bien acomodada, y tuvo la felicidad de curarla al cabo de dos meses, durante los cuales fueron muy frecuentes las visitas. El doctor, que necesitaba sus honorarios, se presentó en casa de la enferma, que hacia ya muchas semanas que gozaba de buena salud, merced á los desvelos y á la ilustración del médico; la hermosa convaleciente, lejos de manifestarse dispuesta á pagarle las visitas, le alargó la mano y le pidió un *bakchis*; á tal punto llega el furor de pedir en aquel país.

Volvamos á la torre de Galata. Dí, pues, mi propina al conserje, y después de subir cincuenta escalones, me encontré en una especie de cuerpo de guardia, y el cabo me pidió imperiosamente un *bakchis* por dejarme pasar: por último llegué á lo alto, es decir, á una espaciosa sala en donde fui recibido por una especie de gobernador encargado de cobrar un derecho á los extranjeros que quieren entrar en la galería exterior: aquel funcionario me pidió también un buen *bakchis* sin menearse de su diván, y otro hombre me abrió la puerta de la galería, después de hacerme pagar un *bakchis* mas pequeño. Permaneci dos horas contemplando el magnífico espectáculo que se presentaba á mi vista. Tenia delante de mí el gran triángulo que forma la ciudad de Constantinopla: de una mirada abrazaba en toda su estension el puerto llamado el *Cuerno de oro*: este golfo tiene legua y media y termina en un anfiteatro de colinas. Dos cosas dan á Constantinopla un aspecto que la distingue de las demas ciudades de Europa; y son los minaretes de las mezquitas que se elevan como los mástiles de los navios, y la gran cantidad de cipreses que adornan los cementerios: cada mezquita tiene su cementerio, por manera que aquella mezcla de árboles verdes y de minaretes pintados de blanco, produce un efecto muy singular. Después de haberme estado con aquella vista, bajé y fui detenido en la puerta principal por el conserje que me pidió nuevamente un *bakchis*: esta vez, le envié á paseo, no en turco sino en buen castellano.

Un mes antes de mi llegada á Constantinopla, un in-

glés procedente de Malta, ancló en la rada con un buque de vapor de su propiedad: empleó cinco ó seis dias en visitar el puerto, el canal del Bósforo, las dependencias exteriores del gran Serrallo, y después se marchó sin bajar ni un instante á tierra. Tengo á aquel inglés por hombre de talento: se quedó con sus ilusiones que hubieran desaparecido prontamente si hubiese penetrado en lo interior de la ciudad. En Nápoles no encontré ni lazzaroni, ni llamas del Vesubio, ni macaroni: en Constantinopla no vi tampoco genizaros, ni turbantes, ni aquella pompa oriental de que tan alta idea me habia formado al leer las narraciones de los viajeros antiguos.

Los árabes pasan todavía con razon por una especie magnífica de hombres: son esbeltos y admirablemente bien formados, y en sus rostros se encuentran todos los rasgos bíblicos: los turcos, de origen tártaro, son por el contrario muy carnosos, tienen las piernas cortas y torcidas, y suelen ser demasiado obesos. El traje oriental y los pantalones anchos ocultaban sus defectos, y el turbante realzaba un poco su cara, que es de las mas vulgares. El nuevo traje que la pretendida reforma ha señalado á todos los funcionarios, parece haberse hecho para ponerlos en ridiculo: se ha rebojado á aquellos pobres turcos en unos largos redingotes grises ó blancos, semejantes á los que usan los convalecientes en los hospicios; los pantalones demasiado estrechos, les quitan la libertad de acción, y las botas, calzado muy incómodo para los que desde luego no están habituados á él, hacen sus movimientos poco seguros. El turbante era ciertamente el bello ideal de los adornos de la cabeza: los reformadores le han reemplazado con un enorme gorro de lana encarnada, que se encaja hasta las orejas, y que da al hombre un aire innoble. Nuestra lengua no tiene espresiones bastante enérgicas para pintar la grotesca figura de los osmanlis disfrazados de aquella manera. El pueblo bajo, que ha conservado el sentimiento nacional mucho mejor que las clases elevadas,



PEREGRINO TURCO.

mira con indignación aquella mudanza de traje, y no se le ha podido hacer que abandone el turbante y el caltán, ni la singular vestidura con que hacen sus peregrinos.

naciones á la Meca. Si el Sultan quisiese alguna vez acudir al pueblo turco para resistir á las potencias cristianas, el medio mas adecuado era restablecer inmediatamente los genizaros y el antiguo vestido oriental. Los genizaros componian una milicia turbulenta y difícil de gobernar, pero que era en realidad el nervio de la nacion. Su destruccion, es en concepto de muchos, un título glorioso para Mahamud; pero hombres ilustrados, que residen hace mucho tiempo en Constantinopla, tratan la cuestion de un modo bien diferente. Por lo que hace á Mahamud, jamás pareció arrepentirse de aquella medida, y no cesó de mirar á los genizaros como á sus enemigos personales. Seis meses despues de la matanza ejecutada en la plaza de Lat-Meidam, 1826, el Sultan atravesaba uno de los cementerios de Pera, llamado el Campillo de los muertos: diviso sobre un sepulcro (1) la gorra de un genizaro: un soldado de aquel cuerpo habia sido enterrado en aquel sitio quizá dos siglos antes: el soberano desvainó su sable y rompió con repetidos golpes la aciaga insignia; los que le acompañaban, deseosos de complacerle, se espacieron por el cementerio y acuchillaron cuantas gorras de aquella clase encontraron en él. Al cabo de algunos dias, desaparecieron completamente de los demas cementerios. Desde aquella época se han proscrito los menores objetos capaces de recordar á los vencidos de 1826, y se trataria como faccioso al que los reprodujese para ponerlos en venta. Yo procuré infructuosamente adquirir una antigua gorra de genizaro, y aun ofrecí á los comerciantes del bazar un precio muy subido; pero ninguno de ellos pudo proveerme de lo que pedia.

En la colonia francesa establecida en Pera, se encuentran comerciantes distinguidos, que observan con mucho cuidado la marcha de los acontecimientos. Uno de ellos me decia; las decantadas reformas han variado mucho el vestido de los funcionarios turcos, pero no han servido para hacer que progrese su ingenio; han quedado tan simples como eran antes, y he aquí algunas pruebas. Pera se halla separado de Constantinopla por el puerto, cuya anchura en este sitio puede calcularse de cuatrocientos á quinientos pies próximamente: la comunicacion entre una y otra orilla se hacia por medio de esquifes, lo cual entorpecía mucho las transacciones comerciales, porque no podia habitar en la ciudad ningun comerciante franco, sin inminente riesgo de su vida. Se habló durante largo tiempo, del establecimiento de un puente de barcas para obviar aquel inconveniente, y por último se puso en ejecucion el proyecto por cuenta del gobierno. Cada persona que pasa por el puente paga un moderado derecho.

Al cabo de dos meses de existencia, se reconoció que aquel puente producía cada día 6,000 piastras, (unos 6,000 reales): este resultado era magnífico, y el divan concibió grandes esperanzas para el porvenir. El mas despejado de los ministros propuso al consejo una cosa admirable. «He ahí, dijo, ese puente de Pera, que produce 6,000 piastras; ¿no podríamos construir á su lado otro que nos produjese otro tanto? Es claro que entonces tendríamos 12,000 piastras.» Todos aplaudieron tan luminosa idea: sin embargo, el segundo puente no se ha emprendido todavía, y el autor de la proposición, mira sin duda como una gran injusticia, el que se haya abandonado un proyecto tan ventajoso.

La semana pasada, continuó el comerciante, estaba en el malecón de Tophana, viendo llegar un paque-

bot francés que entraba en la rada con una velocidad admirable. Tenia á mi lado á uno de los asesores del Mufti, personaje de consideración, y á quien ya hacia tiempo que conocia; participaba de mi admiración al ver tan hermoso espectáculo, y concluyó por dirigirme la palabra contra el uso de los turcos: «He visto, dijo, salir antes de ayer, este buque de vapor, para Francia; ¿cómo ha podido volver en tan poco tiempo?» Mucho trabajo me costó, añadió el comerciante, hacer comprender á aquel turco, uno de los primeros magistrados de Estambul, que la Francia poseia muchos buques de aquella clase; y que el que llegaba en aquel momento, no era el que habia visto marchar dos dias antes.

Las principales curiosidades de Constantinopla son las mezquitas, el gran bazar, las murallas que defienden la ciudad por la parte de tierra, el acueducto de Valente, la cisterna de Constantino, el cuartel del Seraskier, la plaza del Hipódromo; y finalmente el convento de los derviches tornadores. Entre todos estos objetos, el que mas me interesaba por mi calidad de cristiano, era Santa Sofia, que se concluyó mil años antes que San Pedro de Roma, y de la que los conquistadores hicieron un templo islamita. No se permite entrar á los extranjeros en las mezquitas, sin una licencia especial. Cada viagero solicita un firman por mediacion de su embajador: el ministro otomano le expide á la persona designada por el agente diplomático: este firman no cuesta nada por sí mismo, pero os le lleva un oficial superior del Serrallo, á quien hay que dar un buen *bakchis*, diez y seis duros por lo menos: ademas en cada mezquita que se visita, se acostumbra á entregar un *bakchis* al iman ó cura de la parroquia: por manera, que reunidos todos estos *bakchis* componen un total de 1,600 reales. Sin embargo, la persona á quien se expide el firman, puede llevar diez, quince ó veinte individuos, que se reputan como su séquito, segun los usos orientales: los viageros recién llegados procuran informarse si hay alguno que esté provisto de una licencia, se agregan á él, si les conviene, y parten los gastos, ahorrándose de este modo muchas incomodidades. Me conformé con esta costumbre: el primer dragoman de la embajada tuvo la obsequiosa atencion de pedir para mí el firman: reuniéronse dos ingleses, un español, un alemán y ocho franceses, seis de ellos eclesiásticos lazaristas, y salíamos por la mañana temprano, guiados por el oficial turco, cuya comision era la de presentarme en todas partes con mi séquito, y protegerme en caso de necesidad contra los insultos del populacho, cuyo fanatismo con respecto á los cristianos, es tan ardiente como en tiempo de Soliman el Magnífico ó de Selim I.

Nuestra cabalgata atravesó el famoso puente de barcas, el magnífico cuartel del Seraskier, una parte del gran bazar, y llegó al frente de la puerta principal de Santa Sofia, despues de cinco cuartos de hora de marcha desde Pera. La venerable iglesia se encuentra á doscientos pasos de la gran portada del Serrallo: esta residencia ocupa con todas sus dependencias, el sitio de la antigua Bizancio, tal como Constantino la encontró en el cuarto siglo: aquel emperador que tenia intencion de fundar en la orilla del mar de Marmara una nueva capital del imperio, hizo principiár las obras fuera de la muralla de Bizancio, y su primer cuidado fué edificar la iglesia de Santa Sofia: los sucesores de aquel principe la dieron mayores dimensiones, variaron su plan, é hicieron la maravilla del Oriente.

El terreno inmediato á Santa Sofia se halla algo levantado, de suerte que es necesario bajar para entrar en el pórtico. Nuestra llegada llamó la atencion de los turcos, y una veintena de frenéticos, con ademan amenazador, nos acompañó murmurando hasta la mezquita, y ya no nos dejó: el oficial encargado de protegernos no

(1) Cada sepulcro termina por la parte de la cabeza con una especie de bastón ó barra, cuya punta tiene la figura de un turbante, signo característico del musulmán: el bastón del sepulcro de una muger está adornado con una cestita de flores; mas como la mayor parte de los mugeres son esclavas, rara vez se conceden á las personas de su sexo los honores del mausoleo.

parecía que estaba muy tranquilo: todos íbamos provistos de babuchas que nos pusimos sobre las botas. El imán, que desde el día anterior estaba prevenido de nuestra visita, nos recibió con la mayor atención: la esperanza de un bakchis de alguna importancia, le hacía más tratable que á los miserables que nos estorbaban el paso.

Como había visto á San Pedro de Roma, no me parecía extraordinaria la estension de Santa Sofía, y sin embargo es inmensa. Las paredes están chapeadas, si me es dado espresarme así, de los mármoles más raros y más ricos, pero están tapados con una espesa capa de color blanco, que los turcos renuevan cada tres ó cuatro años, porque la religión les prescribe el tener blancas las paredes de las mezquitas. El altar mayor toca á la pared del coro, como en las primitivas iglesias: todavía se ven las gradas porque subió Mahomé II cuando consagró Santa Sofía al islamismo, al día siguiente de la toma de Constantinopla. Las columnas de jaspe y de

pórfido esparcidas por todo el recinto no están blanqueadas, pero muchas de ellas se hallan rotas. Una particularidad distingue á este templo de las demás iglesias de la cristiandad: las dos naves laterales están cortadas por un techo, que solo se compone de grandes baldosas de mármol, unidas entre sí: no puede concebirse como se hallan suspendidas masas tan pesadas sin sustentáculos intermedios: merced á esta particularidad, Santa Sofía posee galerías muy anchas, en donde había antiguamente altares secundarios que los turcos han hecho desaparecer, pero cuyo sitio se descubre todavía.

Cuando llegamos á lo alto de aquellas galerías, desde donde se descubre de una sola mirada toda la iglesia, el imán, que marchaba constantemente á nuestro lado, se detuvo para enseñarme el sitio de un antiguo altar: en este lugar se distinguía perfectamente una parte de la pared que parecía menos antigua que el resto de aquella, semejante á una puerta tapiada después de



VISTA DE SANTA SOFIA.

muchos años. El imán insistía en que la mirase con atención, y me hacía en turco una explicación de que no entendía ni una palabra: los demás, colocados detrás de mí me miraban fijamente sin saber de que se trataba. Por fin, un dragoman que nos acompañaba, porque su intervención era indispensable en nuestra excursión, prorumpió en una dolorosa exclamación, y sus facciones manifestaron una viva agitación. He aquí la explicación que nos dió. «Los turcos penetraron en Constantinopla en 1453 hacia las ocho de la mañana: se dirigieron apresuradamente á Santa Sofía para saquearla, por que sabían que los habitantes ricos del país habían ocultado en ella sus tesoros. En aquel instante, un sacerdote católico decía misa en el altar lateral (1) que se os señala: los fieles asustados huyeron viendo llegar á

los soldados vencedores, solo quedó el sacerdote y continuó el Santo Sacrificio: los turcos le degollaron y metieron luego en la pared: el imán os muestra el sitio de su sepulcro. Nosotros, los griegos de Constantinopla continuó el dragoman bajando sensiblemente la voz: creemos que el día que los cristianos tomen la ciudad y arrojen de ella á los osmanlis, este sacerdote saldrá por sí mismo de la pared, y concluirá su misa.»

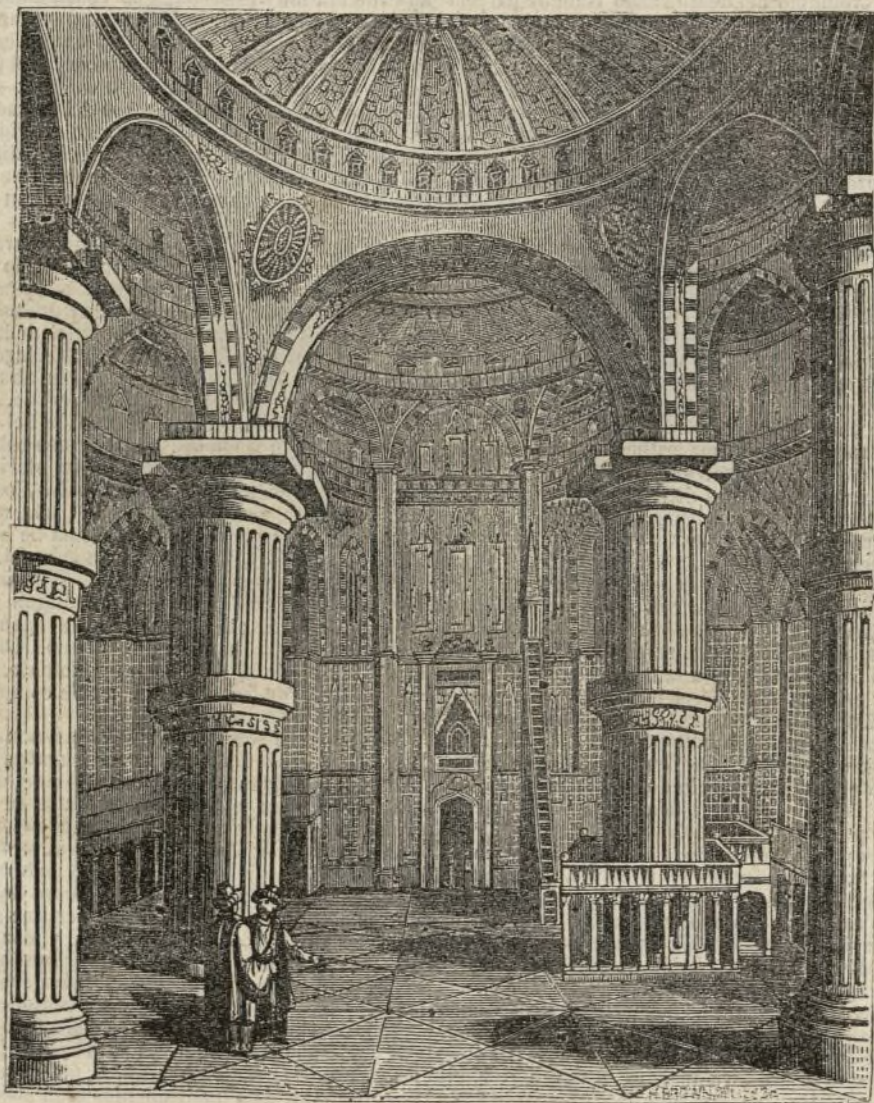
Permanecimos muchas horas en Santa Sofía, cuya inmensa cúpula domina todos los demás edificios de la capital. A nuestra salida encontramos mucha gente reunida que nos recibió con violentos murmullos: algunos hombres más determinados que los otros, se colocaron en nuestra grupa amenazándonos: el oficial encargado de protegernos bajaba la cabeza y no se atrevía á separar á la multitud. Uno de aquellos furiosos me seguía con obstinación: era un turco de estatura alta, rostro atezado, y en cuyos ojos se veía brillar el fuego del fanatismo: varias veces intentó ponerme en

(1) Hacía veinte y cinco años que el clero católico servía la iglesia de Santa Sofía, en virtud de un decreto del emperador Juan VI, Paleólogo.

la mano unas castañas cocidas, y siempre rechazaba vigorosamente su brazo, de modo que las castañas caían al suelo. Aquel hombre quería hacerme un insulto, por que la gente del pueblo cree en su estupidez, que los cristianos no tienen nada que comer, y que un buen musulman debe darlos algun alimento por compasion. Si hubiese aceptado sus castañas, la multitud habria aplaudido con entusiasmo la heroica accion de mi perseguidor; pero me hallaba ya prevenido; mani-

festé firmeza y proseguí mi camino por entre aquellas oleadas de infieles, hasta que su número fué disminuyendo poco á poco, por que aquellas gentes temen atravesar los límites del barrio en que habitan.

Al cabo de una media hora de marcha, nos encontramos en la entrada del Hipódromo; aquella célebre plaza era muy espaciosa, en el día las dos terceras partes del terreno se hallan ocupadas por la mezquita de Achmet y sus dependencias. El sultan Achmet habia resuelto construir



INTERIOR DE LA MEZQUITA DEL SULTAN ACHMET.

un templo que escediese á todos los demas en magnificencia: eligió el Hipódromo para edificar en él aquella maravilla, y consagró todo su reinado á aquella grande obra deseando que aquel monumento tuviese un carácter particular. Achmet le adornó con seis minaretes, siendo así que las mejores mezquitas construidas por sus antecesores, no tenían mas que cuatro. Cuando el Sultan

vió concluido aquel edificio, esclamo en un trasporte de alegría.... ¡Ahora ya puedo morir!... Pero aquella satisfaccion duró pocos momentos: algunos dias despues se le presentó el superior de los derviches, personaje muy respetado del pueblo, cuyas palabras eran recibidas como oráculos, y que si lanzase un anatema haria caer á tierra el trono del soberano. «¡Oh Sultan! le dijo,

admiras tu obra, y sin embargo has cometido un sacrilegio.» Asustado Achmet contestó que no había sido aquella su intención. «Has colocado, continuó el derviche, seis minaretes en la mezquita, y el Profeta ha declarado, que no puede hacerse ninguna mezquita igual á la Caaba de la Meca, que tiene seis. Puedes reparar tu falta haciendo derribar uno de los minaretes, entonces dejará de existir la igualdad entre ambos templos, y ya no tendrás que temer la cólera de Dios.»

Achmet sintió extraordinariamente aquella sentencia, por que quería en extremo á sus minaretes, pero resistir á la voluntad del desapiadado fraile le parecía también muy peligroso. El príncipe musulmán cortó la dificultad con bastante destreza: hizo que pasasen á la Meca varios ingenieros, y añadiesen á la antigua Caaba un séptimo minarete: merced á este medio, aquel templo conservó su supremacía sobre todos los demás, la nueva mezquita quedó intacta, y el superior de los derviches, plenamente satisfecho, no se vió en la necesidad de lanzar sus anatemas. Es sin embargo muy probable que los bakchis no fuesen estraños á aquella conciliación.

Lo que distingue particularmente á la mezquita de Achmet, es su magnífico atrio, al cual circuye una galería sostenida por columnas de mármol de grande elegancia: en el centro de aquel cuadro se encuentra una hermosa fuente con un espacioso estanque, que recibe el agua necesaria para hacer las abluciones: un grupo de hermosos árboles da sombra á aquella fuente, y presenta un excelente golpe de vista. Lo interior del templo no corresponde á su parte exterior: nada inspira allí recogimiento como en nuestras magestuosas catedrales góticas, y sin embargo, las paredes, que son de deslumbrante blancura, están llenas de la palabra *Dios, Allah*, escrita con letras árabes, de dimension gigantesca.

En este paseo vimos las seis mezquitas imperiales: todas se parecen unas á otras, y son mas ó menos grandes; se las llama imperiales por que el Sultan las visita alternativamente para cumplir con sus deberes religiosos. Los reformistas oficiales no han conservado del antiguo ceremonial de la Puerta, mas que las visitas que el soberano hace el viernes á la mezquita. Yo deseaba mucho ver esta especie de solemnidad, por la que el pueblo de Estambul demuestra todavía cierto celo: estos antiguos tártaros han conservado el culto de las personas: bien es verdad, que despues de los príncipes de la casa de Borbon, y de la de Saboya, los descendientes de Soliman el Magnífico y de Selim I son en realidad los príncipes mas antiguos de Europa.

El jueves por la tarde, nunca se sabe á que mezquita irá el Sultan el viernes: el público no tiene noticia de su eleccion hasta dos horas antes de la salida de palacio. Un empleado de nuestra embajada me habia prometido avisarme en tiempo oportuno: en efecto, á cosa de las diez, un cavas, especie de ordenanza al servicio de los agentes diplomáticos, fué á buscarme y me condujo á las inmediaciones de la mezquita de Tophana (ó del Arsenal) edificada por Mahamud á la orilla del mar: da frente á Scutari por una parte, y al Serrallo por otra. Un comerciante francés, ya anciano, á quien yo habia visto el día anterior, me dijo que antiguamente antes de las pretendidas reformas, se desplegaba en aquella ceremonia una pompa estraordinaria: todos los grandes del imperio acompañaban al soberano, y era uno de los espectáculos mas curiosos para un estrangero.

Al medio día, muchos cañonazos, anunciaron que el Sultan salia del Serrallo: fué por mar á Tophana; es una galera de doce pares de remos; este ligero buque, de una de las mas graciosas formas, tenia el fondo blanco, con adornos dorados, y atravesó suavemente la rada en medio de las salvas de artillería: parecia que cada golpe de remo iba acompañado de un cañonazo: los mari-

neros vestian de blanco, y llevaban turbantes encarnados; aquella galera cuya marcha distinguia yo perfectamente era un modelo de elegancia.

El Sultan permaneció en la mezquita una hora escasa, al cabo de la cual salió y montó á caballo para ir á Pera á visitar los derviches tornadores, ó que dan vueltas, en cuya hermandad estaba inscripto. Me habia colocado en los escalones de una magnífica fuente: los oficiales encargados de hacer retirar á la multitud, lo hacian de un modo harto brusco, pero sin embargo tuvieron la bondad de permitirme continuase en mi sitio. La calle era muy estrecha, y de consiguiente el Sultan pasó muy cerca de mí: me apresuré á quitarme el sombrero y me encontré que entre tanta muchedumbre era el único que tenia la cabeza descubierta: el príncipe me saludó poniendo la mano sobre su corazón: montaba un magnífico caballo negro con cabos del mismo color, y le manejaba con cierta gracia: su traje era ridiculo por la sencillez, y se componia de un grande redingote blanco abotonado hasta la barba; un enorme gorro encarnado le caia hasta los ojos, y ningun signo aparentemente distinguia al *padiseha* de los osmanlis de los oficiales de su séquito. Su acompañamiento era de los mas mezquinos: los ministros seguian á su amo á caballo, los dignatarios de órden inferior á pie y corriendo, lo cual formaba un golpe de vista muy grotesco. Vi entre los rezagados á uno de los funcionarios de la Puerta de enorme corpulencia: llevaba como sus cólegas, el redingote apretado de los convalecientes, su abultado vientre, oprimido en aquel incómodo vestido, amenazaba romperle y recobrar su posición habitual: el pobre turco embarazado con las botas, andaba como caballo con esparravan: estoy seguro de que en su interior maldecia la reforma, el abandono de las babuchas, los pantalones anchos, y la ropa ondulante: por mi parte, no la aprobaba tampoco, porque esta cara reforma ha hecho perder á Constantinopla toda su fisonomía oriental.

Los derviches que dan vueltas, son una de las curiosidades de Constantinopla, que ningun viajero deja de ir á visitar. Se atribuyen mil estravagancias á estos monges, pero sin fundamento alguno. Los derviches han conservado el antiguo traje flotante, y la especie de sombrero de fieltro rojizo, puede compararse á un tiesto de flores boca á bajo.

El principal convento de aquellos monges, su Teké como le llaman los turcos, se encuentra situado á la entrada de la llanura de Pera: este convento se halla precedido de un cementerio, en el cual se vé el sepulcro del conde de Bouneval, célebre aventurero francés, que en tiempo de Luis XVI estuvo al servicio del Sultan. Los derviches tienen egercicios públicos todos los martes: me trasladé allí á eso de las dos de la tarde, y quedé sumamente sorprendido al ver que se me introducía en un salon de baile redondo, y con una galería circular para los espectadores. La orquesta estaba colocada en una especie de palco que habia sobre la puerta; se componia de seis músicos y dos cantores, ó mas bien de dos derviches que rezaban salmos, por que los turcos no despliegan toda su voz para cantar, pues se crearían perdidos: es quizá el único pueblo del universo que no canta. Los instrumentos eran dos flautas, dos especies de violines de tres cuerdas, y dos tamboriles: los músicos son tambien derviches.

Principiaron los oficios, por una lectura del Coran que hizo el superior, anciano de venerabilísimo aspecto; concluida aquella lectura, los derviches comenzaron á marchar en fila formando una cadena no interrumpida: al cabo de media hora, la música se hizo mas viva, los derviches rompieron la cadena y comenzaron á dar vueltas como un hombre que walsa solo y sin apresurarse: el paso no varia nunca: es falso que llegue á precipitarse hasta el punto de estenuar á los monges, y so-



lo es fatigoso porque dura largo tiempo sin interrupcion. Solo vi caer desalentados á los dos mas jóvenes que eran novicios poco acostumbrados á aquel egercicio: los condujeron á la galería. Durante aquel wals los derviches llenan completamente el salon, su ropa se des-

plega, y no debe tocarse ó rozarse una con otra: confieso que admiraba la destreza y facilidad con que aquellos hombres daban vueltas en un espacio tan corto sin tropezarse: tenian la cabeza inclinada hacia atrás y los brazos levantados. Muchos de aquellos monges llama-



DERVICHES VOLTEADORES.

ron mi atencion por su fisonomia de predestinados: sus miradas llenas de fervor tenian algo de celestial, y declaro que este espectáculo que á primera vista me parecia tan ridiculo, concluyó por interesarme mucho. El superior no daba vueltas como los demás: velaba por que los egjercicios se hiciesen segun las reglas prescriptas:

esta especie de oficio duró mas de dos horas. Se me aseguró que los derviches establecidos en el convento de Scutari dan alaridos en vez de walsar, y no tuve la suficiente curiosidad para ir á escucharlos. M. MAZAS.

(Se concluirá en el número inmediato).

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

UN EPISODIO DE LA HISTORIA DE ESCOCIA.



Durante los últimos años del siglo XV el trono de Escocia se hallaba ocupado por Jacobo III, príncipe cruel y sanguinario, quien se habia grangeado, por su dureza y vejaciones de todo género, el odio y el desprecio de sus pueblos; la nacion y el ejército, siempre dispuestos á sacudir el insostenible yugo de este monarca justamente aborrecido, dirigia sus impacientes miradas al jóven príncipe su hijo, que debia reinar mas tarde bajo el nombre de Jacobo IV, y que por su dulzura y la bondad de su corazon ya anunciaba las altas

cualidades que contrastaban con los vicios de su padre, y que debian en cierto tiempo atraer el amor de los escoceses.

Era todavia muy niño cuando perdió á su madre, y su corta edad no le permitió conocer debidamente lo que perdia, pero la muerte de la reina affligió mucho á la monarquía: Margarita de Dinamarca, atemperaba hasta cierto punto el carácter vindicativo y encolerizado de su esposo, y si el descontento general no habia estallado era tal vez por respetos á esta princesa.

El jóven príncipe, educado en el palacio de Edimburgo, fué confiado á maestros hábiles é instruidos; su docilidad en las lecciones y los merecidos elogios que el rey obtenia respecto á su hijo, en lugar de enternecerle, no hacian mas que irritarle, como si presintiera que

este niño estaba destinado á cautivar un dia los corazones.

Después de la muerte de la reina, se aumentó el humor feroz y sombrío del rey, y como su natural tristeza no le permitía tomar parte en los placeres, todo cuanto la corte ofrecía de agradable se encontraba en casa del conde de Huntley.

Lord Gordon, conde de Huntley, príncipe de la sangre real de Escocia tenía un mérito muy superior á su ilustre nacimiento; era viudo, y su hija estaba dotada de una belleza tan perfecta, que era la admiración de toda la corte y conquistaba los corazones, no solo por sus gracias personales sino tambien por su singular talento; por eso el príncipe de Escocia concurrió amenudo á esta casa acompañado de los jóvenes caballeros de la corte; tambien se encontraban allí las damas mas distinguidas, donde todos contribuían á aumentar los placeres para que el príncipe se distrajera, y el rey no creyó deberse oponer á estas diversiones, imaginando que mientras este príncipe se ocupase de tales distracciones no pensaria en unirse á los descontentos, cuyo número se aumentaba todos los dias.

La princesa de Huntley tenía la misma edad que el príncipe de Escocia, y la miraban en todo el reino como á la que debía en cierta época dividir el trono con él si la política no obligaba al hijo de Jacobo III á buscar una alianza estrangera.

El mismo rey lisonjeaba al conde de Huntley con la esperanza de esta union, aunque en el fondo de su alma temiera ver una pareja, cuyo mérito y valor conquistarán las simpatías del pueblo y del ejército.

El príncipe de Escocia y la princesa de Huntley se profesaron desde su infancia la mas sincera amistad; pero el joven no habia pensado aun en grangearse su amor, al mismo tiempo que el conde esperaba impaciente la llegada de este feliz momento.

Acababa el príncipe de cumplir los diez y ocho años cuando un gran número de tropas, que estaban acantonadas en la frontera, se revolucionaron por un ligero pretexto y cometieron graves desórdenes, tomaron y saquearon muchos castillos y no dieron cuartel á ninguno de cuantos se resistieron á sus tentativas.

Cuando recibió Jacobo semejante nueva reunió al instante fuerzas para reprimir esta insurreccion, y dió el mando de ellas á Morlay, antiguo guerrero de conocido valor; el conde de Huntley le preguntó la conducta que iba á observarse en esta expedicion, pero la política no permitió al rey confiársela.

El príncipe, á quien su juventud y valor le impelían hácia una ocasion donde adquirir gloria, solicitó de su padre con vivas instancias el permiso para hacer sus primeros ensayos contra los revoltosos; el rey se negó á ello en un principio; pero reflexionando después que aun no estaba en edad de ejecutar grandes cosas, aprobó su designio, y escogió á los individuos que debían componer su comitiva.

Pocos dias antes de su partida, y hallándose el príncipe en el palacio del rey, fueron á decir á este último que dos señoras de una provincia lejana venían á implorar su justicia y á pedirle reparacion de los males que las habian hecho experimentar los revoltosos. El rey mandó que entráran. La de mas edad, dijo al rey que la joven, que la acompañaba, y que representaba de unos diez y siete á diez y ocho años, era su sobrina y se llamaba Felicia de Monrose; que su padre el conde de Monrose, habia perecido victima de las armas de los rebeldes, en defensa de un pueblecillo que habia permanecido fiel, y que después de su muerte se habian fugado para no caer en poder de los enemigos.

Jacobó las habló con mas bondad de la que tenia por costumbre emplear, y aseguró una crecida pension á la señorita de Monrose, añadiendo en tono galante,

que la suplicaba permaneciese en la corte, pues sentía mucho ver que se alejaba una criatura dotada de tan rara belleza.

El príncipe de Escocia no oyó las palabras del rey, porque estaba absorto, contemplativo y encantado con la presencia de la joven Felicia: las lágrimas que la señorita de Monrose derramaba durante la relacion de sus infortunios habian penetrado en el fondo de su corazón; el joven sentía en él á un mismo tiempo, la admiración, el respeto y el amor, en términos que enmudecía; en fin, esforzándose, para reponerse del efecto que le produjo esta primera impresion, ofreció á estas dos señoras conducir las á casa de la princesa de Huntley, á quien parecían desear ser presentadas, y ofreció su brazo á Felicia, mientras que uno de sus escuderos dió el suyo á la tia.

Desde el palacio del rey á la casa del conde de Huntley habia muchos jardines que atravesar. Si el príncipe de Escocia se hubiese determinado, hubiera espresado inmediatamente á la señorita de Monrose su admiración y la turbacion que su presencia acababa de producir en su alma; pero creyó con razon faltar á las consideraciones que debía á su rango y á su desgracia, y por eso apenas la dirigió la palabra.

La princesa de Huntley dió señales del mas vivo interés á la señorita de Monrose, cuyo nombre se conocia por el de uno de las mas ilustres casas del reino; le dispuso la mas lisonjera acogida, y luego que compadeció sus infortunios le ofreció un asilo en su palacio.

El príncipe de regreso en el suyo, sentía la peticion que hizo al rey de marchar contra los rebeldes. ¡Qué contratiempo, alejarse tan pronto de aquella que acababa de hablar por la primera vez á su corazón! pero el honor se lo mandaba, y se consoló pensando que iba á vengar á Felicia y castigar á los rebeldes que la habian privado de su padre y de sus bienes.

Los dias siguientes acudió con exactitud á casa de la princesa de Huntley, y la mañana de su partida, pasó á saludar al rey, quien le abrazó, acaso por la primera vez de su vida, y subió al terrado del palacio para verle montar á caballo.

Pocos dias después de su llegada al campo, los revolucionarios, creyendo sus fuerzas superiores á las del ejército real, marcharon á su encuentro y le presentaron la batalla, de lo cual se alegró el príncipe mucho, pues la imagen de Monrose se presentó en su mente adornada con todos sus encantos; la idea de volver á su lado cubierto con los laureles de la victoria exaltó su imaginación: armonizan tanto en esta edad la gloria y el amor! Pero Morlay que temia esponer la vida del príncipe le colocó en el cuerpo de reserva rodeándole de una numerosa escolta que tenía la orden de no dejarle un momento y aun de detenerle si se proponia lanzarse en la pelea.

Indignado con semejantes precauciones dijo á Morlay: —Disponed del ejército que el rey os ha confiado, y dejad que yo disponga de mi vida como me parezca.

Y sacando la espada hirió con ella á un caballero que habia cogido las bridas de su caballo, y se situó á la cabeza de la caballería á pesar de los ruegos y de las amonestaciones de Morlay.

Esta accion atrevida agradó sobremanera á las tropas, porque un príncipe animoso que participa de los peligros de los demas combatientes gana la confianza de sus vasallos. Las tropas atestiguan su asentimiento con gritos de alegría y se lanzaron con impetu sobre los enemigos, habiendo sido la victoria tan completa que á las pocas evoluciones y choques de armas los contrarios se declararon en derrota, y el príncipe, aunque levemente herido en un brazo, quedó dueño del campo de batalla.

Morlay envió al momento un emisario al rey para

poner en su conocimiento tan dichosa nueva: creyó complacerle tributando alabanzas al valor del príncipe y concediendo al mismo el premio de la batalla, mas esta relacion produjo un efecto contrario en el ánimo del rey, porque celoso de su trofeo pensó que su hijo le robaba una parte del trono y dió orden de que regresara.

Esta orden colmó los deseos del príncipe, el que sin curarse del motivo que la habia dictado, no se acordó mas que de su felicidad en volver á ver á Felicia. La guerra estaba casi terminada y él se habia distinguido en ella; partió gozoso con direccion á Edimburgo y entró en esta ciudad despues de una ausencia de tres meses. La buena acogida que obtuvo aumentó la envidia del rey quien lo recibió con dureza y altanería, lo que el príncipe no extrañó mucho por estar acostumbrado á esta clase de tratamientos.

Al salir del palacio del rey el primer cuidado del príncipe fué encaminarse al de la princesa de Huntley, donde pensaba ver á la señorita Monroe, cuya imagen no habia abandonado, durante su ausencia; tornaba vencedor, y acaso la fama de su valor predispondria en su favor el corazon de Felicia.

Agitado con este pensamiento y no pudiendo contener su emocion, llega al palacio de la princesa, y despues de haber hecho los primeros cumplimientos y recibido un sin número de felicitaciones por el dichoso éxito de su campaña, se acercó á la señorita de Monroe; pero cual fué su admiracion, cuál su dolor al recibir de ella la acogida mas fria del mundo!

No sabiendo á que atribuir esta frialdad se consoló primero imaginando que el tiempo y sus solícitas atenciones la disiparian; mas luego experimentó en su alma el punzante aguijón de los celos, porque sospechó que un afecto anterior ocupaba el corazon de Felicia. En aquellos tiempos en que la caballería ejercia aun su influencia sobre las costumbres de las clases elevadas, no era extraño ver sobre todo, en las cortes, á las damas concebir y fomentar un tierno sentimiento por algun caballero, cuya constancia coronaban por lo general despues de muchos años de pruebas; y por eso creyó el príncipe que la señorita de Monroe tal vez habria hecho una eleccion desde su residencia en la corte de Escocia.

Esta idea le enfureció, y entrando en sus aposentos llamó á Valeys, uno de sus escuderos, á los cuidados del cual recomendó á la señorita de Monroe y á su tia antes de su partida, y no titubeó en preguntarle acerca de las ocupaciones de estas dos señoras durante su ausencia; Valeys le aseguró que constantemente habian rehusado las distracciones y los placeres que tenia en cargo de ofrecerles y que vivian muy retiradas de estas distracciones; pero que únicamente el rey venia de vez en cuando á interrumpir esta soledad, y que los encantos de la señorita de Monroe parecian haber hallado el arte de dulcificar la natural dureza del soberano.

—¡Oh! ¡Dios mio! exclamó el príncipe; si amará el rey á Felicia! ¡El corazon de un padre se habrá enternecido para hacer mi desgracia! y sin duda, Felicia, insensible á mi amor se habrá dejado seducir con la esperanza de poseer una corona!

La vuelta del príncipe debia festejarse en la corte, y las diversiones y los bailes dieron á conocer bien pronto la pública alegría. El conde de Huntley celebró un magnifico festejo al que acudió el príncipe, pero con la tristeza y los celos en su corazon, y resuelto á tener una conferencia con Felicia con el objeto de descubrir sus verdaderos sentimientos.

Con efecto, despues que bailó con la princesa de Huntley, se acercó á la señorita de Monroe y le ofreció su brazo para pasar á la galeria que seguia al salon de baile.

—Me permitireis, señora, que os manifieste la ale-

gría que experimento al encontrarme á vuestro lado despues de una ausencia cruel desde el momento que tuve la dicha de conoceros; esta dicha, añadió con voz conmovida, no la turba mas que el temor de no merecer vuestro afecto.

—Os suplico, caballero, que no me dirijais palabras que no puedo ni debo escuchar; todas vuestras atenciones deben dirigirse á la princesa, porque es digna de tales manifestaciones bajo todos conceptos, y no puedo creer que le hagais la injusticia de privarla de ellas por mas tiempo.

—Jamás he dirigido una palabra de amor á la princesa de Huntley, respondió el príncipe al instante. Es bella, no lo niego; me fué destinada desde nuestra infancia, pero nuestros corazones no están de acuerdo con los proyectos del rey; y no hemos experimentado el uno para el otro mas que una mutua estimacion, y una amistad sincera.

—¿Y no basta para el casamiento? contestó Felicia sonriendo; por otra parte, os suplico, caballero, prosiguió con gravedad, que considereis el rango que ocupó, demasiado inferior al vuestro para que pueda creer en la pureza de vuestras intenciones; mi deber es evitar las ocasiones de oír semejantes discursos.

En seguida acercándose á la princesa que marchaba á cierta distancia, la dirigió la palabra rompiendo de este modo el diálogo con el príncipe.

Las fiestas continuaron algun tiempo mas. El rey ocupado con las turbulencias de su reino, no buscó con tanta asiduidad á la señorita de Monroe, y el príncipe creyendo haberse equivocado en sus sospechas esperaba que sus atenciones conseguirian vencer los rigores de Felicia, pero un imprevisto incidente atrajo de nuevo sobre él la cólera de su padre.

Cierta dia, absorto en sus pensamientos, se paseaba solo en el jardin del palacio y se detuvo al lado de una fuente cuyos caños artisticamente combinados llamaron su atencion; mas un hombre de buena presencia vestido de jardinero, se acercó á él y le presentó respetuosamente un canastito lleno de flores.

El príncipe le recibió con agrado, con la intencion de enviarle á la señorita de Monroe, y despues de haberla escrito algunas líneas, rogando que le aceptara, al mismo tiempo que iba á colocar el escrito en medio de las flores, vió un billete.

La situacion inquieta del estado, el odio que sabia profesaban al rey, le hicieron sospechar que este papel podria encerrar algun aviso saludable; abrió el billete y leyó lo que sigue:

«Al príncipe de Escocia.

«Sois muy digno de reinar, príncipe, para esperar mas tiempo ceñir la corona; no os opongais á lo que vuestros súbditos quieren emprender en vuestro favor: ellos sacrificarán sus vidas, si es necesario, para hacer que triunfe tan justa causa.»

El príncipe mandó buscar al jardinero que le habia presentado el canastito, pero fué inútil toda indagacion, porque no se le encontró entre los que trabajaban en los jardines del palacio. Esta accion atrevida ejecutada á favor de un disfraz, le inquietó sobremanera, y despues que envió el canastito á la señorita de Monroe pasó á ver al rey, y le entregó el billete manifestándole la manera como habia llegado á sus manos. Jacobo le leyó frunciendo el entrecejo y en seguida miró á su hijo con aspecto mas severo del que tenia por costumbre.

—Guardaos vuestro aviso, le dijo con desden, que yo buscaré modos para que no ocupeis mi lugar tan pronto.

Y como el príncipe permaneciese mudo

—Pero vos, añadió, que venis á denunciarme rebeldes que no conozco, vos mismo lo sois todos los dias de mi voluntad. Os prohibo desde ahora que tributeis

atenciones á la señorita de Monrose como lo haceis, y espero que no me obligareis á renovar una orden á la que sabré someteros.

—Yo puedo, contestó el príncipe respetuosamente, yo puedo cesar de manifestarla las señales de mi afecto, pero puedo por ventura disponer á mi talante de los movimientos de mi corazón?

—Pues bien, interrumpió el monarca alzando la voz, puesto que no podeis ser dueño de vuestros sentimientos os pondré en parage donde al menos la presencia de Felicia no fomenta vuestra pasión.

Cuando el rey se retiró á sus aposentos, el príncipe pesaroso se dirigió al palacio de la princesa de Huntley, aquella amiga de su infancia y á la que solía confiar todas sus penas; mas esta señorita no estaba en el palacio.

Dejando á su comitiva sobre el terrado del palacio dió algunos paseos solo para respirar el aire fresco de la tarde, y dar libre curso á sus pensamientos. Acababa de entrar en un cenador cubierto de vistosas flores, cuando vió á la señorita de Monrose sentada en un banco.

—La princesa no está aquí, señor, dijo la jóven cuando le vió.

—Lo se, señorita, contestó el príncipe saludándola; no es á ella á quien buscaba, y me alegro que la casualidad me haya conducido á este lado; pero temo al mismo tiempo ver turbada vuestra soledad, y que vuestra indiferencia hacia mí no se cambie en odio, si he interrumpido el curso de algunas reflexiones agradables.

—El odio no es el sentimiento que debe tenerse hacia un príncipe tal como vos, respondió Felicia enrojeciéndose; vos disfrutais en sumo grado la estimación general, para que podais temer semejante cosa.

—¿Qué me importa la estimación pública? yo la sacrificaría mil veces, si viera que compartais conmigo un sentimiento mas dulce...

—Y este es el sentimiento, señor, que debo evitar conocer; es contrario á mi honor y mi honor es superior á mi vida.

—Contrario á vuestro honor! ¡Ah Felicia! Conoced mejor la ternura que siento por vos; ya os hubiese ofrecido la corona si fuese dueño de ella; pero ¡ay! no quieren ni aun que sea dueña de mi corazón. No obstante; si vos no rehusais mi amor, os juro por el cielo que seáis la reina de Escocia desde el instante que esta se halle bajo mi poder.

—La corona, señor, respondió Felicia con dulzura, la corona no me está destinada. La princesa de Huntley, nacida para compartirla con vos, os hará olvidar fácilmente lo que un ligero capricho os inspira hoy; pero por eso no os debo menos reconocimiento, añadió bajando los ojos, por una oferta que me honra mas de lo que merezco, y que os suplico dirijais á aquella que el interés del estado os destina para esposa. La amistad, continuó, es el único sentimiento.....

—¿Tampoco me la concedéis? interrumpió sumamente conmovido. La amistad es un bien precioso, pero débil consuelo para mi alma ardiente; sin embargo, puedo al menos esperar que un día compadezcáis los males que sufro.

Iba á continuar, á cuyo tiempo anunciaron que la princesa acababa de entrar y se dirigieron hacia el palacio.

El príncipe, un tanto consolado con la conversacion que tuvo con Felicia, se presentó menos triste en la visita que hacia á la princesa de Huntley. Si no era amado como deseaba, sabia que no era aborrecido, y se lisonjeara, pensando que con el tiempo, Felicia, conmovida de su constancia, miraría su amor con menos desden.

Después de algunos instantes de una conversacion,

en la que todos tomaron parte, el príncipe anunció el proyecto de una partida de caza para el siguiente día. No quería desobedecer las órdenes de su padre convidando á Felicia, pero sabia que la princesa asistiría á la caza seguramente, y pensaba que su amiga, que habia manifestado muchas veces su gusto por este género de placer la acompañaría. Todo sucedió conforme lo deseaba el príncipe; el conde de Huntley pidió el permiso de asistir con su hija y quedó convenida la diversion para la mañana siguiente.

Esta llegó, y el príncipe fué á despedirse del rey, quien le recibió con su frialdad acostumbrada; luego marchó al sitio señalado para celebrar la cacería. El conde de Huntley, su hija y Felicia llegaron pocos momentos después. El príncipe ciñendo un rico y elegante traje y montando un hermoso caballo, se presentó delante de ellas, con aquella atencion y galanteria de un hombre que desea agradar.

La caza acababa de dar principio en medio de la bulliciosa alegría que acompaña á este género de diversiones; la señorita Monrose, apasionada por la caza, habia dejado detras y á larga distancia á la princesa y á su padre, y el príncipe, encantado de verla sola, se separó de su comitiva para seguir sus huellas, cuando repentinamente se vió cercado por multitud de hombres armados que salieron de entre los árboles por cinco ó seis lados á un tiempo, y le interceptaron el camino. Creyendo que iban á matarle, sacó su cuchillo de monte, pero el que hacia cabeza de la turba, se acercó y dijo:

—Venid, señor; el rey vuestro padre lo manda; dejad conducir, pues con gran sentimiento nuestro egercemos semejante mision; pero no hemos podido negarnos.

El príncipe, reconociendo entonces al viejo Morlay y metiendo su cuchillo en la vaina,

—Vamos, dijo; es preciso obedecer al rey. Morlay, aquí tienes mis armas. ¡Oh! Felicia, vedme separado de vos, y este será el mas grande de mis tormentos.

Bien pronto la tropa cercó al príncipe, y Morlay mandó que caminasen por senderos tortuosos y desconocidos y que marchasen con gran cautela.

El príncipe halló este suceso tan conforme á las amenazas que el rey le habia dirigido el día anterior, que no dudó un instante fuesen sus mandatos los que le alejaban de la corte, y el pesar de dejar á la señorita Monrose le entristeció de manera que no le permitió detener su pensamiento acerca de las demas desgracias de que podia verse amenazado.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que le echáran de menos: después de haberle buscado por todas partes inútilmente se entregaron los que le buscaban á todo género de conjeturas. Especialmente la señorita de Monrose no pudo ocultar su viva inquietud, por la suerte del príncipe. Cuando dieron al rey la noticia de esta inesperada desaparicion se puso enfurecido, y dispuso al punto que montasen á caballo aquellas tropas que vigilaban por su seguridad personal, pero facilmente se conocia que tales medidas eran efecto de un interés personal y no de la ternura paternal: se dijo que el rey habia dictado órdenes de hacer que el príncipe desapareciera en el caso de que llegáran á encontrarle, y como el monarca sospechó que el conde de Huntley habia favorecido la fuga de su hijo, mandó que le prendiesen, y amenazó á la princesa con igual tratamiento cuando esta se arrojó á sus pies implorando la libertad de su padre.

No obstante, el príncipe, siempre bajo el poder de Morlay, atravesaba una parte del reino con estremada celeridad; ya habian trascurrido dos dias desde su captura, y solo por la noche le permitió su escolta el tiempo necesario para un ligero descanso y tomar algun alimento.

Al tercer día, sacudiendo sus pensamientos amorosos, preguntó que adonde le conducían.

—Pronto lo sabreis, señor, le respondió Morlay; moderad vuestro dolor, y acordaos, yo os lo ruego, que un príncipe, que como vos, es la esperanza del pueblo y del ejército debe consagrar su vida para ellos.

—¿Cómo! ¿qué me habláis? exclamó el príncipe suspirando: ¿no soy yo el mas desgraciado de todos los hombres?

—No, señor, pues vais á ser muy pronto un rey poderoso y adorado. Ya es tiempo de dejar de sufrir las vejaciones y las crueldades del rey vuestro padre, y el ejército viendo en vos grandes cualidades ha resuelto reconoceros por rey.

Apenas Morlay acabó de pronunciar estas palabras, cuando los principales gefes del ejército, que se habían situado delante del príncipe le rodearon y saludaron como á rey; pero el príncipe despues de haberles dado gracias por las manifestaciones de estimacion y afecto que le prodigaban, declaró, que no queria reinar usurpando un poder que su padre poseia legítimamente.

—Vuestra alteza real, contestó Morlay, nos hará conocer sus resoluciones despues de meditarlo detenidamente; pero mientras tanto recibid en este momento con benevolencia las aclamaciones de vuestros soldados; son rebeldes, pero los mas fuertes y valerosos, y hemos detenido su furor lisonjeándolos con la esperanza de que os verian soberano de Escocia; pensad en que despues de vuestra negativa no podremos contenerlos. Irán indudablemente á incendiar á Edimburgo y á vengar en la persona del mismo rey toda la sangre que injustamente ha derramado. ¿Queréis, señor, esponer á vuestros pueblos desolados á los peligros inseparables de una ciudad entregada al furor del soldado?

—Pues bien, marchemos, dijo el príncipe estremeciéndose con la idea de ver á la señorita de Monrose en una ciudad sitiada; mostradme al ejército puesto que es necesario para evitar mayores males; pero, Morlay, pensad en que la responsabilidad del porvenir pesará sobre vos.

Todas las tropas estaban sobre las armas y recibieron al príncipe con aclamaciones de alegría; condujéronle á la tienda que ya le habían preparado, donde le dejaron solo.

A la mañana siguiente se presentó Morlay, quien pidió permiso para hablar con el príncipe acerca de una cosa importante, y el joven soberano le mandó entrar.

—Me alegro de veros, Morlay, le dijo; mas que nunca me encontráis resuelto á no dirigir las armas contra mi padre; no, no puedo alimentar una revolucion que desapruébo y en la que me creerán cómplice á pesar de la pureza de mis intenciones.

—Luego estáis resuelto, señor, le respondió atrevidamente Morlay á dejar perecer al rey y á ver pasar la corona de Escocia á una cabeza estrangera, pues las tropas revolucionarias se creen capaces de todo en medio del furor que las anima; sois nacido para mandar... ¿os sometéis á obedecer?

—Yo, no obedeceré jamás, respondió el príncipe con orgullo, ni á mis subditos, ni á ningun poder estrangero; siempre tendré en menos mi vida que la conservacion de mi honor y de mi real categoria; pero yo no quiero ponerme á la cabeza de un ejército rebelde que no tiene derechos para elegirse un rey.

—Seria de desear, señor, que pudiérais conducirlos segun estas juiciosas máximas; pero se trata de ponerlos en posesion del trono ó de ver con dolor que os lo arrebatán. No se os permite esperar, continuó Morlay viendo que el príncipe le prestaba atencion, no se os permite esperar; ni tampoco es ya posible contener el resentimiento de las tropas; el tratado secreto que el rey vuestro padre ha hecho con los enemigos de nuestra

patria, las ha exasperado, y han perdido la esperanza de hacer entrar al soberano por el camino del deber. He aquí, señor, una copia del tratado á que me refiero; en él vereis como Enrique VII, dice que desde el momento en que cesen las turbulencias de su reino, dará socorros á vuestro padre para oprimir á un pueblo desgraciado y someter á la obediencia á un ejército, que aun le seria fiel á no haber tenido conocimiento de este infame tratado.

El príncipe cogió el papel de las manos de Morlay, y en tanto que le recorria, aquel mandó entrar en la tienda á los prisioneros que se acababan de coger en el campo.

—Si todavía dudais, señor, dijo Morlay, preguntad á estos hombres que acabamos de coger; ellos podrán decirnos mejor que nosotros lo que podeis esperar de los sentimientos del rey respecto á vos.

Aquel de los prisioneros que parecia de mas elevada consideracion, doblando la rodilla delante del príncipe, le confesó que habia recibido órdenes de matarle; el príncipe se afectó con esta noticia, y volviéndose hacia Morlay, dijo con acento conmovido:

—Pues bien.... yo quiero dar principio á mi reinado por un acto de clemencia: que se dé libertad á estos prisioneros, y que vayan á decir á mi padre que las órdenes que ha dado contra mi vida, no impiden que yo emplee todos mis cuidados para la conservacion de la suya.

No obstante, los gefes del ejército aconsejaban al príncipe que se pusiera á su cabeza para marchar sobre Edimburgo, y viendo que no podia mas tiempo resistir á sus vivas instancias tomó el mando de las tropas y pasó á situar su campamento tres leguas de Stirling. A medida que avanzaba en su marcha iba recibiendo diputaciones de diferentes ciudades que le rendian pleito-homenaje y le reconocian por su verdadero soberano.

El rey reunió con prontitud todas las tropas que tenia en las cercanías de Stirling, y no escuchando mas que al movimiento de su cólera, quiso al punto ponerlas en campaña, á pesar de las representaciones de los oficiales mas experimentados, que le aconsejaban, podria sostener un largo sitio en Stirling, y tal vez recibir algunos refuerzos de Inglaterra, y de otra manera, su ejército, mas débil que el de los revolucionarios, caminaba á una derrota cierta.... pero la furia ofuscó su razon.

Una noche, el príncipe de Escocia vió entrar en su tienda á Morlay seguido de un oficial que la oscuridad le impidió conocer en un principio.

Despues que éste levantó la visera de su casco, vió el príncipe al conde de Anglesey, uno de los mas ilustres señores de la corte, y el fiel compañero de sus juegos durante su infancia. Fué grande su alegría al ver á uno que podria darle nuevas de Edimburgo, manifestarle el estado de los ánimos, el efecto que habia producido su desaparicion, y hablarle en fin de Felicia Monrose.

Pertenece á Morlay, dijo el príncipe, la gloria de haber cogido un prisionero tan importante como vos; procuraré endulzar cuanto me sea posible vuestra prision para que ni siquiera tengais el pensamiento de escaparos, aunque por otra parte me lisongeo con la idea de que no habrán sido necesarios muchos esfuerzos para traerlos á mi lado.

—Es muy cierto, señor, dijo el conde de Anglesey; mi derrota ha sido fácil, pues desde que supe que V. A. R. estaba á la cabeza de su ejército, mi unico deseo fué el de poner á vuestros pies mi adhesion, y ofrecer mi brazo en pro de vuestra causa.

El conde de Anglesey dijo al príncipe, que el rey no creyéndose ya seguro en Edimburgo, se habia retirado á Stirling, y que cediendo al impetu de su carácter marchaba en vanguardia á la cabeza de su ejército; pero

que los pueblos dispuestos á rebelarse juraban emanciparse del yugo que les imponía un soberano á quien odiaban, y que se encontraban prontos á destronarle.

— Jamás he deseado llegar al trono por ese camino, interrumpió el príncipe, pero cedo al torrente de los ánimos que me impelen á esta acción. Si, voy á reinar á pesar mío: voy á robar á mi padre una corona que hubiera querido conservar á precio de mi sangre. He querido, prosiguió viendo á Morlay alejarse, escaparme de este ejército rebelde para tornar al lado del rey; pero esta numerosa guardia que me cerca, es demasiado fiel á las órdenes que ha recibido y á la afección que dice

tiene hacia mí para dejarme la libertad de fugarme.

— Aun cuando os fuera posible huir, no podríais salvar al rey, no podríais cambiar el espíritu público; sufrid y aprobad la favorable disposición de las tropas que podrían cansarse de vuestras vacilaciones, y ya no estaría en vuestra mano poderlas contener.

— Me resigno, respondió el príncipe suspirando; pero la posteridad, ¿hará justicia á mis intenciones? Además de advertir esta mancha involuntaria que empañará mi gloria, sabed que el amor me atormenta.

— Pronto cesarán esos tormentos, señor; no sois indiferente á los ojos de la princesa de Huntley ni á los de



LOS PRISIONEROS.

la señorita de Monrose, las que se esfuerzan en vano en ocultar sus sentimientos desde el instante de vuestra desaparición.

— ¡Me ama! exclamó el príncipe; ¡plegue al cielo que digais verdad!

El recuerdo de Felicia le predisponía ya á olvidar las obligaciones de su nueva posición, cuando Morlay vino á decirle que las avanzadas acababan de distinguir al ejército del rey que se adelantaba, y que los generales pedían con instancia que el príncipe pasara revista á los regimientos para prepararlos á la batalla del día siguiente. El príncipe suspiró, y á pesar suyo, salió de la tienda con Morlay, sin responderle, á fin de tomar las disposiciones necesarias al combate.

El día que debía decidir la suerte de Escocia, acababa de aparecer. La grande inquietud que agitaba el

alma del príncipe, no le permitió gustar de las dulzuras del sueño; antes que diera principio el combate renovó á los oficiales las órdenes más severas con el objeto de que vigilasen sobre la vida de su padre, y no encontrándose con fuerzas para dirigir el ataque, dio este encargo á Morlay, y ciñendo una simple armadura, sin señal distintiva, se confundió entre las tropas. Su aspecto triste y abatido hubiera contribuido á dudar de su valor, sino recordasen todos con cuanto ardor había combatido poco tiempo antes en la frontera á la cabeza de estos mismos regimientos.

El ejército real, aunque más débil que el del príncipe, se presentó en el mejor orden de combate: este comenzó con furia, fué largo y obstinado, y la victoria estuvo mucho tiempo indecisa. Morlay que mandaba el ala izquierda, opuesta al ala derecha del contrario, don-

de se encontraba el rey en persona, observó fielmente las órdenes del príncipe; pero despues de cuatro horas de una lucha encarnizada, Jacobo III viendo al fin su derrota cierta, dejó el campo de batalla, y seguido de un corto número de los suyos se refugió en un molino situado á poca distancia de allí; algunos soldados indignados por su pérdida le siguieron, y aun cuando antes le habian defendido, le mataron (1).

Ya no era dudosa la victoria. El príncipe de Escocia viéndose dueño del campo de batalla, se esforzó cuanto pudo para impedir que se siguiera derramando la sangre de sus vasallos: regresaba á su campo con algunos generales, cuando le dieron la triste nueva de la muerte de su padre, y derramó abundantes lágrimas jurando castigar con rigor á los culpables, al mismo tiempo que se retiraba á su tienda.

Al día siguiente mandó que trasportasen á Stirling el cuerpo de Jacobo III, disponiendo á la vez, que le hiciesen las mas pomposas exequias; en seguida tomó las disposiciones convenientes para descubrir á los asesinos de su padre, lo que fué completamente inútil, porque aquellos asustados por el crimen, se habian fugado y se salvaron del castigo que merecian.

Luego que el nuevo rey cumplió de esta manera los deberes del respeto filial, verificó su entrada en Edimburgo en medio de entusiastas aclamaciones. Su primer deber, fué poner en libertad al conde de Huntley; pero le esperaba un golpe que iba á traspasar su corazón. Impaciente por ver á Felicia creia que era llegado el momento que con tanto ardoreseaba, cuando la princesa de Huntley, á quien se apresuró á preguntar el estado de su amiga, le refirió llorando lo que habia sucedido pocos días antes.

—La noche que precedió á la batalla, y á la que debemos vuestro advenimiento, un gran número de hombres armados forzó las puertas del palacio de mi padre; algunos criados que quisieron defender la entrada fueron victimas de su noble obstinacion. Temblando y medio vestida, bajé al jardin para salvarme, y vi á Felicia conducida violentamente por aquella soldadesca á pesar de sus gritos dolorosos y penetrantes. Juzgad, señor, cual seria mi espanto; me hallaba sola y no podia socorrerla: los soldados huían hacia el bosque situado en la estremidad del parque, y muy pronto desaparecieron. Entonces procuré reunir algunas personas y mandé que siguieran las huellas de los raptos, pero estos habian tomado ya una considerable delantera y fueron infructuosos todos mis esfuerzos. ¡Ay! hemos pensado que una accion tan atrevida no podia proceder mas que del rey.

Seria difícil describir el efecto que produjo en el ánimo del jóven monarca semejante relacion. Si alguna cosa le hacia soportar resignado las penas que precedieron á su elevacion era el pensamiento de sentar á la señorita de Monrose en su trono..... Sin embargo, fué preciso que moderase su dolor y que se ocupara de los asuntos de su reino. Le coronaron en Edimburgo con extraordinaria magnificencia, bajo el nombre de Jacobo IV, y aunque el estado de su corazón no le permitia tomar parte en el regocijo público, no por eso dejó de manifestar su gratitud por el afecto que le tributaban sus vasallos.

La ciudad de Edimburgo celebraba aun los festejos de la coronacion, cuando un incidente que ocupaba ya á la Europa entera vino á sacar al nuevo rey de su melancolia, escitando su generosidad natural y los intereses de su política.

Un pretendiente á la corona de Inglaterra, el jóven duque de York, hijo de Eduardo IV, salvado de la muerte por la conmiseracion de sus propios asesinos, conta-

ban, que habia desembarcado en Irlanda y levantado el estandarte de la Rosa Blanca en reclamacion de sus derechos. Jacobo IV recibió cartas de la duquesa de Borgoña, tia y protectora del duque de York, en las que le anunciaba la llegada á Escocia de este infortunado vástago de la raza real de Inglaterra, pidiendo su asistencia para hacerle ascender al trono de su padre.

Llegó con efecto á Edimburgo despues de haber hecho una corta residencia en Irlanda: Jacobo le dispensó la acogida mas afectuosa del mundo: tan sensible á la desgracia del jóven príncipe, como enemigo natural de Enrique de Tudor, adoptó su causa con entusiasmo y le hizo promesas que se halló al punto en el deber de verificar. Mientras que, fascinado con las apariencias engañadoras de este falso pretendiente hacia los preparativos de la guerra que debia declarar en su favor al rey de Inglaterra, llegó á la corte un enviado irlandés portador de despachos para el pretendiente duque de York, procedentes del príncipe Ireton, soberano de un canton de Irlanda, en el palacio del cual habia residido, y que tambien se habia declarado en favor del duque de York.

Entre los despachos traídos por el mensajero de Ireton se encontraba una carta dirigida á la princesa de Huntley, que esta abrió al punto, reconociendo con grande admiracion la letra de la señorita de Monrose.

Felicia despues de demostrar su alegría porque podia dar noticias de su posicion, daba testimonio de su respeto y tierna amistad; decia que era dichosa, pues habia encontrado la felicidad en el momento en que habia creído inevitables su perdicion y su deshonra, y sin entrar en mas pormenores con respecto á sus aventuras, que, decia, serian muy largas de narrar en el corto espacio de una carta, añadia, que el enviado del príncipe de Ireton estaba encargado por ella de hacer esta interesante narracion. Cuando el rey se informó de este mensajero voló al palacio del conde de Huntley, acompañado del duque de York, y el mensajero refirió el suceso de la siguiente manera.

—Como ya lo sabeis, señora, por órdenes del loco rey de Escocia, robaron de vuestro palacio á la heredera de la noble casa de Monrose, la vispera de la famosa batalla que cambió los destinos de la monarquia; sus raptos eran numerosos y la empresa bien concertada para que no tuviera el éxito que deseaban. La sacaron fuera de la ciudad, y metiéndola en una litera partieron todos con estremada prontitud: cuando llegaron al mar, la escolta se redujo á seis hombres solamente; atravesaron el canal del Norte, y despues de nuevas marchas forzadas se detuvieron al fin en una casucha situada á media legua de un grande bosque.

Un mes permaneció la señorita de Monrose en este lugar solitario, donde fué tratada con las mayores consideraciones, sin que nadie pudiese instruir la de su suerte venidera, hasta que uno que parecia ser el gefe de sus guardias, entró cierto día bruscamente en su aposento dirigiéndole la palabra con escesa dureza:

—He aquí por último, señora, le dijo, vuestra suerte revelada; os he traído á Irlanda, mi patria, por orden de Jacobo III, quien se creia mas dueño de vuestra persona estando vos aquí que en sus estados revolucionados. Debierais haber sido el premio de su amor, si la victoria le hubiese favorecido; pero el cielo que permite algunas veces el triunfo de los culpables, ha hecho á su hijo vencedor. El rey Jacobo III no ha querido sobrevivir á la derrota y á la pérdida de su corona y ha encontrado la muerte en medio de sus enemigos.

El que me ha traído esta nueva, continuó, acaba de poner en mis manos una carta que este príncipe me habia escrito antes de la batalla. Jacobo III me manda que os haga perecer, pues no ha querido llevar al sepulcro la idea de que podiais pertenecer á otro.

Es una orden muy cruel, sin duda, pero que estoy

(1) Historia de Inglaterra y de Escocia.

en el deber de ejecutarla para ser fiel á mis juramentos. Os concedo el día para prepararos á sufrir vuestra suerte, al menos, añadió, que no consintais en reconocerme heredero de los derechos del rey de Escocia, y en coronar una pasión que solo mi obediencia ha impedido declararos hasta ahora.

Fácilmente puede concebir V. A., continuó el mensajero, la cruel alternativa en que pasó este día la señorita de Monrose.

Sin embargo, llegó la noche y el cielo puso fin á su cautividad: estaba la noche muy cerrada y acababa de estallar una grande y espantosa tormenta, cuando se oyó mucho ruido de caballos; este ruido cesó de repente y llamaron con violencia á la puerta de aquella humilde casa: los raptos de la cautiva se obstinaron en no abrir, pero fué vana su resistencia porque la puerta cayó á tierra, y siendo muchos los que entraban pusieron en fuga á los encerrados.

Pero ¿cuál fué su admiración al hallar una señora llorosa en un lugar que creyeron que solamente era una guarida de bandidos.

—Cualquiera que seáis, exclamó la prisionera dirigiéndose á un joven, cuyo aspecto distinguido manifestaba ser el superior, salvadme la vida, recibid por ello mi eterna gratitud.

—¿Seré yo bastante dichoso, señora, contestó el príncipe Ireton, que era el que la hablaba, que os haga tan grande servicio? Sorprendido por la noche y la tormenta en mi cacería hemos caminado errantes por estos bosques; pero descubrimos una luz hacia esta parte y acudimos aquí para pedir un abrigo. Ya conoceis, señora, que esta luz era mi buena estrella.

Al asomar los primeros rayos del siguiente día, el príncipe Ireton llevó consigo á la señorita Monrose y la presentó á la princesa, su madre, quien compadecida de los infortunios de la interesante prisionera le dió la mas rica y espléndida hospitalidad.

El príncipe Ireton es joven y bello, y era muy difícil que sus estrechas atenciones no conmoviesen el corazón de la señorita de Monrose. Al poco tiempo, no dijo una palabra relativa á su regreso á Escocia; declaró sus sentimientos á su noble huésped, y hace algunos días que se ha celebrado con festejos públicos la union del príncipe Ireton con la señorita de Monrose.

Estas últimas palabras, trastornaron el corazón de Jacobo IV quien se esforzó en ocultar las lágrimas que humedecieron sus mejillas, y disimulando su emoción, dijo al duque de York:

—Vamos, príncipe; ocupémonos de los intereses del

estado; de la expedición que debe abrirnos el camino para llegar al trono de Inglaterra.

Los preparativos de la guerra que se disponían, sino disiparon enteramente el dolor del rey, fueron al menos una distracción que estinguió poco á poco su tristeza: cuando estuvo dispuesto á marchar el ejército que debía entrar en campaña, Jacobo IV se puso á su cabeza con el duque de York y se dirigió hacia la frontera de Inglaterra. Los brillantes triunfos que consiguió y la acogida que el pretendiente obtuvo á su paso asustaron pronto á Enrique VII, quien pidió una suspensión de armas.

Pero esta tregua fué fatal á los intereses del duque de York, pues el rey de Inglaterra habiendo conseguido reunir pruebas acerca del nacimiento de este impostor las hizo presentes al rey de Escocia, el que reconociendo su error, abandonó la causa del falso pretendiente. Se sabe que este hombre, llamado Perkin Warbek, que no era mas que un instrumento del odio de la duquesa de Borgoña contra la casa de Tudor, pereció mas tarde en el patíbulo de la Torre de Londres. (1)

Los casamientos de los príncipes, casi siempre los determina la política; los grandes intereses de los estados deciden su felicidad doméstica disponiendo de su mano segun los cálculos de la ambición. Lo que produjo la concesión de la paz que Enrique VII pidió al rey de Escocia, fué la oferta que le hizo de la mano de la princesa de Inglaterra; esta union que consolidaba la alianza de las dos naciones, fué consentida por Jacobo IV: proclamóse la paz con pomposas solemnidades, y se celebró dicho casamiento en Edimburgo con grande magnificencia. El tiempo, la ausencia y la ingratitud de la señorita de Monrose fueron disipando la pasión del rey de Escocia; y la belleza de la princesa de Inglaterra, sus altas cualidades, y segun algunos historiadores, cierta semejanza que tenía con Felicia, conquistaron bien pronto el amor y la ternura de Jacobo IV.

Cerca de cien años despues el trono de Inglaterra quedó sin heredero directo posterior á la muerte de Isabel, hija de Enrique VIII, y un vástago de este casamiento reunió en la persona de Jacobo VI (2) los tres reinos de Escocia, Irlanda é Inglaterra bajo una sola dominación con el nombre de Reino-Unido de la Gran Bretaña.

M. DE F. F.

(1) Historia de Inglaterra.

(2) Jacobo VI de Escocia subió al trono de Inglaterra despues de Isabel, tomando el nombre de Jacobo I. (Historia de Inglaterra).

ANECDOTAS HISTORICAS.

CADA OVEJA CON SU PAREJA.

Marcelina era una aldeana encantadora, rubia (no hay para que indicarlo), de ojos azules y de mirar tan dulce, que decían: «¡Amadme!» Era una flor de los campos, y habia llegado á ser, coqueta por instinto y graciosa en medio de su rústica sencillez.

Marcelina, niña risueña, habia entonado en otro tiempo canciones pastoriles, y habia mostrado sus dientes (blancos como las teclas de un piano), al sonreír;

pero ya hacia cerca de dos años que los labios de Marcelina se habian cerrado, y la niña no cantaba.

Los días nebulosos y fríos, Marcelina, sentada á los pies de su abuela, tenía la rueca en sus manos; pero no hilaba, y la abuela no cesaba de decirle todo el día:

—¿Estás distraída, Marcelina? No hilas... ¿En qué piensas?

En nada, abuela, respondía la linda criatura.

Pero la linda criatura mentía; á los diez y seis años, niña que quiere hacer ver que no piensa en nada, piensa en alguna cosa.

A la caída de la tarde, Bernardo traía un haz de leña seca del bosque inmediato. Marcelina miraba chis-

porrotear la leña en la fogata, y cuando Bernardo la decía:
—Marcelina, este haz lo he reunido yo solo; otras veces íbamos juntos al bosque....

La joven no respondía y Bernardo lanzaba un suspiro. Entonces la abuela preguntaba:

—Hijos míos, ¿qué tenéis?

—Nada tenemos, contestaban.

Pero ambos mentían, pues los dos tenían alguna cosa, y lo sabían bien.

Cuando llegaba la estación de las flores, Marcelina no se curaba de coger las rosas de su abuela, ni las violetas de los bosques; sentábase al pie de un arroyuelo, y Bernardo que la seguía por todas partes, la sorprendía inclinada hacia el agua.

—Marcelina, decía; si necesitas mirarte, que sea en mis ojos; te verás muy hermosa.

—Lo sé; pero encuentro el agua mas clara.

Y Marcelina permanecía pensativa, sin moverse, y Bernardo silencioso; dejaba correr una lágrima por sus mejillas.

—Marcelina, decía Bernardo; mucho te amo.

—Y yo también, Bernardo, respondía ella con indiferencia.

Un día se encontraron en una pradera.

—¿Tienes algun pesar? preguntó el joven.

—Sí, contestó la niña.

—También yo estoy pesaroso, Marcelina; pero si tú quieres, el mío desaparecerá al momento, y acaso el tuyo también.

—¿Cómo! ¿qué es preciso hacer?

—Sé mi novia, y acéptame por tu novio, dijo Bernardo echando una mirada suplicativa.

—¿Para qué? preguntó admirada Marcelina.

—Para casarnos mas tarde, repuso Bernardo bajando los ojos.

Margarita desdenosa dijo: «No» moviendo su rubia cabecita, y añadió:

—Yo no puedo casarme contigo.

Bernardo se volvió aparentando mostrarse fuerte, pero Marcelina reparó que á cierta distancia había sacado el pañuelo de su bolsillo.

Marcelina había leído un mal libro, donde se contaba, cómo una pastora se había casado con un rey, ú otra cosa semejante. La doncella de la quinta inmediata á su cabaña le había prestado este libro. Marcelina fué á devolvérsele, y como pasaba por el patio, la señorita Luisa, hija del dueño de la quinta, la encontró bonita y lo dijo en voz alta. Emilio, joven gracioso, y cadete del colegio militar de Toledo, que á la sazón daba el brazo á su hermana, no dijo nada; pero miró mucho á la aldeana. El domingo siguiente hizo bailar á Marcelina; ocho días después, Emilio volvió á convidarla, y así sucesivamente hasta el fin de las vacaciones; pero Marcelina se portaba encarnada siempre que veía al cadete, y si éste le preguntaba:

—¿Cómo estás?

Marcelina respondía:

—Creo que sigo bien.

Lo que entre las jóvenes es una señal cierta de que el corazón no está tranquilo.

Desde esta época, Marcelina no era ya Marcelina, ni vivía en este mundo; la pobre niña se imaginó que era la señorita Amanda, la heroína de la novela que le prestó la doncella.

Olvidó lo pasado; su vida comenzaba en la página 23 de la novela. El héroe puede dispensarse que omitamos su nombre; y como Bernardo no tenía ningún punto de contacto con él, como no había en el libro ninguno que gastase zapatos gordos de piel de vaca, ni chaqueta de paño burdo, no debemos admirarnos de que Marcelina se manifestase tan indiferente á las proposiciones del joven labriego.

A fuerza de soñar, de pensar en su dichoso y elevado casamiento, terminó Marcelina la esposición de su novela, y la puso en acción. Una mañana abrazó á su abuela, se despidió de Bernardo y de la aldea y partió para Madrid. La doncella que prestó la novela dejaba á la señora, mamá de la señorita Luisa; Marcelina se ofreció á reemplazarla, se aceptó su servicio, y desde este momento, la pobre niña, felicitándose de su buena posición, formó parte de la casa donde debían cumplirse los acontecimientos de su vida, si nuestras novelas tienen alguna realidad.

Marcelina hubiera debido comprender que la suya no la tenía, después de una semana de residencia en casa de los amos á que se había entregado; pero ella no vió en la partida de Emilio para su regimiento, mas que una peripecia necesaria, un incidente unido á la condición de heroína. Por otra parte, el nuevo subteniente, al subir á la diligencia, no olvidó á Marcelina en su despedida; cuando esta le presentaba su saco de noche le dijo Emilio:

—Gracias, querida.

Este, «gracias, querida», ¿no era una gran cosa? pero las expresiones no adquieren valor, no tienen sentido, sino según la manera con que se dicen, y Marcelina no tuvo duda respecto á la manera tierna y sentida con que Emilio pronunció este «gracias, querida.» A cada instante oía esta frase en sus oídos, y hacia de ella largos y consoladores comentarios. Lo mismo que un bizcocho engaña al estómago hasta la hora de la comida, engaña una dulce palabra á la ausencia hasta el regreso; con esta última palabra de Emilio vivió largo tiempo el corazón de Marcelina. El día en que la señora recibía carta del joven oficial, era de regocijo para la nueva doncella; conocía en las manos del cartero el doblez y la letra de estas cartas; ella misma las llevaba presurosa, y á la primera ocasión, se informaba después de sus amos de las novedades del hijo de la casa.

Esto duró mucho tiempo, muchísimo tiempo, especialmente para Marcelina; pero al fin, oyó una mañana, durante el desayuno, que la señora anunciaba la llegada de su hijo. Marcelina creyó desmayarse de gusto, y no volvió en sí hasta que se puso delante del espejo, que no le dijo todo lo que ella deseaba que le dijese; sin embargo, el historiador puede atreverse á manifestar, que el espejo le decía que estaba muy bonita; pero el corazón es tan temeroso cuando se trata de hacerse amar!

Cuando Emilio llegó, Marcelina, no tuvo bastantes ojos para admirarle; no tuvo bastante fortaleza para contener su alegría ni los latidos de su corazón. Por su parte, el oficial, admiraba por su aspecto marcial é interesante: su retorcido bigote, sus maneras desembarazadas y graciosas, el uniforme....

Mucho adelantaba la novela en la imaginación de Marcelina; dió un grande paso cierto día en que el subteniente la tomó la mano al pasar por el comedor.

Una noche, ¡noche fatal! Marcelina oyó hablar en la mesa acerca del próximo enlace de la hermana del subteniente.

—Y bien, decían, señor oficial, ¿cuándo seguirá usted el ejemplo de la señorita?

—¡Oh! no pensemos en eso, respondió la señora; hasta que tenga el grado de capitán no conviene....

Después de la comida, Emilio encontró á Marcelina.

—¿Sabes, le dijo, que te amo con locura, hermosa?

—¿De veras? preguntó Marcelina un poco confusa; pero temblando de dicha y de esperanza.

—De veras, sí, yo te lo probaré.

—¡Ah! yo también amo á vd., Emilio, y hace mucho tiempo, contestó la joven poniendo en sus labios todo su corazón. Pero su madre de vd. ha dicho, añadió con dulce sonrisa, que hasta que no sea vd. capitán.... es preciso que esperemos algunos años....

—¿Para qué? preguntó Emilio, como ella le había preguntado en otro tiempo á Bernardo.

—Para casarnos, repuso Marcelina con ingenuidad, como también le había respondido Bernardo. Y esta semejanza le vino al punto á la memoria; experimentó entonces una especie de desvanecimiento, se cerraron sus ojos, y lo comprendió todo mucho antes que el joven hubiera lanzado su estrepitosa, mofadora y cruel carcajada.

—Ja ja, exclamó el oficial alejándose y dando palmadas; esta es una aventura de que no hay ejemplo. Doy mi charretera al que adivine lo que acaba de pasarme, añadió en la puerta del salón.

La ironía, el ridículo y el desprecio, turbaron el corazón de Marcelina, se había destruido este edificio sin base; el rayo, la inundación ó el incendio, amenazando su existencia, no hubieran conmovido tanto á la pobre niña. En esta destrucción moral se puso loca, y no halló otro refugio que la muerte para sustraerse á su desgracia.

Sin lágrimas y sin gritos; pero pálida y desesperada, bajó al punto la escalera, porque los murmullos mofadores que oía en el salón la espantaron; aquel mismo á quien había entregado su corazón acababa de despedazarle, y ya su secreto estaba en los burlones labios de todos. Mas asustada y mas lista á este murmullo, que el pajarillo á la detonación de la escopeta del cazador, se precipitó fuera de la casa.

Marcelina, con la imaginación estraviada, anduvo algún tiempo corriendo por las calles, hasta que al fin el Canal se presenta á sus ojos; se adelanta al puente, pone el pie sobre la barandilla, y se dispone á lanzarse; pero en medio de la febril emoción que experimentaba, no reparó que la seguía un joven modestamente vestido con la ropa del domingo; un poco pesado, no muy diestro, pero con un corazón franco y leal. Este joven fué su salvador, pues su firme mano supo detenerla en el borde del abismo; como Marcelina estaba desmayada, el joven pudo conducirla en sus brazos.

Cuando Marcelina abrió los ojos reconoció á Bernardo. El sitio donde se encontraba era una tienda á la sazón cerrada. Un mostrador recientemente pintado sostenía un peso de cobre y algunas canastas con patatas, pasas, bigos, queso y varias legumbres.

Después de haber satisfecho á las preguntas de la primera sorpresa de la joven, Bernardo la dijo:

—Cierta día, Marcelina, me dijiste que no podías casarte conmigo; comprendí que no era digno de tí, y que para llegar á ser marido tuyo, era preciso merecerlo. Por eso me puse á trabajar en casa del maestro; tú entonces partiste, y esto me desconsoló. Sin embargo, aprendí aritmética, con la esperanza de que mi saber me acercaría á tí. Cuando el maestro me anunció que ya era bastante sabio, me dijo: «Bernardo, muy bien; ya tienes adornado tu entendimiento, ahora procura pro-

bar que posees buenas cualidades en tu corazón. Es preciso pensar en tu dote.» Entonces me coloqué en casa de un tocino, y no solo despachaba como él, sino también le llevaba las cuentas. Los de la aldea decían que caminaba á las mil maravillas, y me llamaban insensato porque quería irme, siendo así que en el pueblo podía ejercer una de las primeras dignidades. Es verdad que con el tiempo hubiera podido ser síndico del ayuntamiento; pero eso no entraba en mi cálculo. En una palabra, como no bailaba los domingos con las chicas, ni tenía otra distracción, reuní con mi trabajo una cantidad decente, y me fui en busca de la abuela: «Abuela, la dije, tengo algunos pesos; vd. tiene una huerta con frutas y legumbres; mi idea es arrendar en Madrid un tenducho, y vender legumbres y alguna otra cosa mas; pero como un vendedor sin muger no es mas que medio vendedor, deseo completarme, y para ello me caso con Marcelina; de este modo llegaré á ser su hijo de vd. y haremos buen negocio: ¿que le parece á vd. mi proposición?» La abuela respondió que era buena. Nos hemos abrazado; ya está puesta en acción la primer parte de lo que hablamos. Este es mi establecimiento, y los frutos de la abuela. Esta tarde me dirigía en tu busca para ver si aceptabas, cuando te encontré. Te vi, tímida, vacilante, y no me determiné á detenerte; pero al mismo tiempo, ibas tan pálida que no pude menos de seguirte, Marcelina, y me parece que hice bien. Ahora, dime una cosa... ¿Soy digno de tí?

—¡Oh! Bernardo, amigo mío, respondió confusa y llorando; al contrario, yo soy quien ahora..., si tú supieses....

—Sé muchas cosas que olvidaremos no hablando de ellas jamás; ahora responde si piensas poderme amar.

—Tanto como mereces, Bernardo.

—Entonces, abrázame, exclamó el joven regocijado, y permite que te devuelva el abrazo.

El domingo siguiente, se publicaron las primeras amonestaciones en la iglesia. Tres semanas después, la abuela vistió de blanco á la niña; los chicos presentaron sus ramos de flores al novio, y después se casaron nuestros dos héroes, que vivirán mucho tiempo, lo esperamos, lo mismo que sus hijos, porque son muy felices.

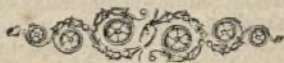
Cuando pasan los domingos por el Canal

—Por aquí, dice Marcelina, arrojé mis locuras y mis ilusiones.

—Por aquí, responde Bernardo, atrapé mi felicidad.

Esta historia, no es mas que un cuento; necesita una moral, pues he aquí: cuando la imaginación guía al corazón, nos esponemos á estraviarnos y aun á perdernos. Si el corazón, al contrario, dirige la cabeza, es raro que la dicha no sea el término de nuestras inspiraciones. No salimos garantes de la novedad de este precepto, pero afirmamos su verdad sin miedo de comprometernos.

A. B.



GOSTUMBRES ESPAÑOLAS.



LA COMIDA DE CAMPO.

UN AÑO EN MADRID.

IV.

ABRIL.

Las locuras de febrero y los vientos de marzo, no podían tener otro fin que el que han tenido. Enero nos administró el frío en cantidades homeopáticas, y el resultado ha sido, que lo que debió ser antes fué luego, y aunque no es lo mismo, es peor, y el tiempo se ha de tomar conforme viene, aunque no venga conforme debe venir. Marzo volvió el rabo, y si en febrero buscaba la sombra el perro, en mayo habremos de quemar el ramo, y así andarán las estaciones trocadas y revueltas como los negocios de Europa. Abril toma las riendas del año en momentos difíciles, y se ve obligado á hacer corte de cuentas, dando una nueva amnistía completa, y purificando el país con las aguas de un nuevo diluvio.

La tierra seca y endurecida por los fríos extralegales del mes anterior, ahogaba en sus entrañas los frutos de la nueva generación, y era preciso impedir á todo trance tamaño infanticidio. El sol era una cataplasma demasiado fuerte atendida la naturaleza del enfermo, y

confiarle la cura habría sido lo mismo que reanimar en un horno de vidrio, al animal que ha perdido la sensibilidad entre la nieve. Necesitaba la tierra un rocío templado que abriese sus poros, desarrollando el calor que ella guardaba. El suave aliento de las nubes que cubrían el horizonte, bastaba á impedir la muerte prematura de los seres orgánicos que querían abandonar el seno materno, para lucir las breves galas de su juventud, y morir después en la flor de su vida. Los animales, no podían estender sus miembros en la fría atmósfera de enero, y necesitaban un manto que condujese el calor á sus entumecidos cuerpos. Las aguas de abril estaban llamadas á derramar un bálsamo de vida sobre todos los seres de la creación, y ellas fueron las precursoras de la primavera que nos estaba ofrecida para el equinoccio de marzo. Las semillas comprimidas hasta entonces por la dureza de la tierra, dilataban sus hojas en la atmósfera, asombradas de la gentileza de su tallo, como el agua que sale trabajosamente por el angosto hueco de una peña, sin conocer su grandeza, hasta que se derrama por el campo para convertirse en caudaloso río. Las aves cruzaban sin pereza el abrigado espacio, y los cuadrúpedos hundían su planta en la alfombrada tierra que les servía de sustento.

Pero las aguas fueron creciendo, y el hermoso verdor de los campos desapareció de nuevo, dejando la tierra convertida en una laguna.

La suave lluvia de abril, que moja solo en fuerza de su constancia, es el velo que cubre el caos de la vegetación. Es la compuerta del año, que se abrirá al dulce soplo del mes de las flores, para embalsamar el aire con sus perfumes y malizar la tierra con sus colores. Las aves se defienden en sus nidos de la humedad de la atmósfera, y esperan en ellos la formación del paraíso que han de vivir más tarde... A todo esto, el habitante de Madrid, que tiene razones de sobra para saber que nunca le sobrará nada, y no espera (y hace bien) que sus gobernantes le fabriquen ningún paraíso, ni tiene nidos donde guarecerse sino cuando muda de domicilio, anda por las calles pisando lodos, y se ve obligado a estender un paraguas, para que tras de verse mojado hasta los huesos, no le digan que el agua de abril, no es agua sino *cala-bobos*.

Y he aquí la hora, lector de mi alma, de que tu abras el paraguas, y te cubras la cabeza, no para defenderte del agua, sino para librarte del sermón que me ha ocurrido predicarte. No hagas caso de los que pagando a Morfeo las horas que le robaron en carnestolendas, le dicen ahora que desprecies mis pláticas y mis consejos. Desoye la voz de la pereza que en las mañanas de abril te dice que son buenas de dormir. Temprano se empiezan las buenas obras, y si al que madruga Dios le ayuda, el que se levanta tarde, ni oye misa ni come carne. Verdad es que antiguamente no servía madrugar para comer carne en los 41 días de Cuaresma, porque estaba formalmente prohibido; y para que un carnicero vendiese media libra de semejante *comestible* era preciso que el comprador llevase un certificado del médico, y otro del cura de la parroquia, declarando que se pedía para el puchero de un enfermo. Pero eso ocurría en tiempos del Santo Oficio, y en esas materias la mejor palabra es la que está por decir, pues es sabido que con la Inquisición chiton, y punto redondo. También entonces andaban los frailes predicando en medio de las plazas y sucedían otras cosas que no son de este lugar, y si lo son que lo sean, y el que las sepa las diga, y sino quiere decírlas que las calle, que así como el público es dueño de lo que lee, yo lo soy de lo que escribo y en paz. A mi pluma le sucede lo que al mono de Maese Pedro, que no responde de las cosas que están por venir, de las pasadas sabe algo, y de las presentes algún tanto.

Hoy día hemos simplificado mucho las ceremonias religiosas, y llevados del espíritu refundidor de la época, hemos arreglado á nuestra escena la cuaresma de antaño, reduciendo sus siete semanas á una sola; la Semana Santa. En esos días parece el pueblo de Madrid lo que tal vez no sea; pero como el interior de las gentes es un terreno vedado para mi pluma, ella y yo, creemos de buena fe, en la del pueblo que invade los templos esos días, sin meternos en más averiguaciones. Mi opinión en ese punto es un secreto con el que no quiero cargar la conciencia de mis lectores. Narrando lisa y llanamente lo que hace y lo que deja de hacer en cuaresma, don Lorenzo Albucema, agente que fué *in illo* de muchos conventos de frailes, habré salido del paso sin poner nada de mi cosecha. Hasta el sermón que os tengo ofrecido es suyo, y ahora mismo le tengo en mi gabinete, esforzándose en convencerme de lo que yo estoy harto convencido. Se ha empeñado ese buen señor, en predicarme, á mí que soy pobre, sobre el lujo y la riqueza del presente siglo. Me da tales gritos y me dice tales cosas, que no me deja continuar este artículo, y me veo obligado á copiar aquí lo que está diciendo:

—«¿Que quiere vd que suceda, esclama mi don Lo-

renzo, con ese lujo que se ha introducido de pocos años á esta parte! ¿Como ha de ser honrado ese intendente, cuya esposa, quiere rivalizar en lujo con la del ministro! ¿Queréis que no se cobre á la primer ocasión, lo que gastó para conseguir su destino?... El carruaje de 30 mil reales, en que iba á solicitar un empleo de 20 mil, los *raouts* y los *buffets* que daba en su casa para recibir en ella á los ministros, todo se compró á *mejorar de fortuna*; todas fueron correas que habían de salir del cuero, *Talia dixerunt in inferno hi qui pecaverunt*; como dice el latino. Vosotros habéis llenado de vicios la sociedad y ahora teneis el descaro de clamar contra esa desmoralización, de cuya obra no podeis menos de avergonzaros. Buscáis la conciencia del mercader, y para entrar en su casa necesitáis que la cubra de alfombras y terciopelos. Le preguntáis al comerciante por la buena fé de sus abuelos, cuando le obligáis á quebrar, exigiéndole un 60 por ciento, por el dinero que le prestasteis para sus especulaciones. Os asusta que ese holgazán, busque una novia con 100 mil pesos, y no os acordáis de haber desdenado su trabajo porque á los 18 años de edad, no tenía carruages, ni palco en el teatro: *Pharisei audito verbo hoc scandalizati sunt*.... Si fariseos, si; vosotros sois la causa de todos esos males que ahora os afligen. Habéis destruido los palacios de la fé, sin fabricar primero el templo de la razón. Habéis olvidado las palabras de nuestro divino Salvador y ya llegó la hora de su profecía; la malicia ha resfriado la caridad: *Quoniam abundante malitia refrigescet charitas multorum*. La soberbia y el lujo atrajo la ira del Señor sobre Sodoma, y esos demonios serán vuestra ruina: *Ecce hace fuit iniquitas Sodome*....» Seguía don Lorenzo menudeando los textos latinos, resabios que se le habían pegado de sus antiguos clientes, y yo me fui quedando dormido, hasta que el pobre diablo predicador, me despertó preguntándome si tenía razón en lo que había dicho. Respondíle que sí, aunque ya se me alcanzaba á mí que no, porque lo que no va en lágrimas va en suspiros, y si nuestros padres nos dejaron dinero, nosotros dejaremos á sus nietos deudas, y todo es herencia. Ellos adquirían oro para comprar carruages, y nosotros adquirimos carruages para buscar oro. No diré yo cual de los dos caminos es el mejor, pero el nuestro es más corto y más cómodo. Al freir será el reír, dice un refrán, pero como hay otro que dice, si tan largo me lo fias échame un cuartillo, todo se compensa en este mundo, y claro es que en este siglo del vapor, todo ha de ir por caminos de hierro. Don Lorenzo no comprende esa velocidad moderna, y yo, que no sé cual de los dos nos engañamos, rara vez contradijo sus razones.

—¿Ve vd. ese enjambre de hombres? me preguntaba el otro día pasando por la plazuela de Santa Ana; pues hasta en eso ha influido la maldita civilización de este siglo.

—Pues antiguamente, le repliqué, ¿no se reunían los actores para tratar de sus ajustes para el nuevo año cómico?

—Si señor, me contestó don Lorenzo; pero en primer lugar, no se llamaban actores sino cómicos, no se los enterraba en sagrado ni tenían *Don*, y ultimamente no trabajaban hasta el jueves de Pasión, como sucede hoy, sino que se cerraban los teatros el martes de Carnaval. Así ahora, cuando uno no tiene dinero, no se puede decir que está más pobre que un cómico en Cuaresma y...

—¿Se ha perdido un refrán?... exclamé yo, acompañando con un suspiro el dolor de mi amigo.... ¡Qué lastima!

Don Lorenzo creyó de buena fé mi exclamación, y llevándose á su casa, me enseñó una vieja de cartón con siete patas, símbolo de las siete semanas de la Cuaresma, y de las cuales pensaba cortar una cada dominica, quemando por fin la efigie el domingo de Resurrección. Quedamos citados para asistir juntos á los oficios de la Semana Santa, y el sábado de Pasión por la tarde

me llevó á la plazuela de Santa Cruz. Allí compramos unas palmas (símbolo de virginidad que se vende á la puerta de la cárcel) y con ella asistimos el Domingo de Ramos á la procesion de nuestra parroquia. El lunes y el martes lo pasamos cada uno en su casa y Dios en la de todos como suele decirse; aunque en la mia debió de andar también el diablo, porque á los chicos de la vecindad les habían comprado sus padres unas carracas ó matraca y los angelitos las manejaron de lo lindo. El Miércoles Santo, fuimos á las *tinieblas*, á pesar de ser el siglo de las luces, y apenas se apagó la última que iluminaba la iglesia, empezaron los muchachos á remedar con sus instrumentos de madera, el choque de las piedras de Jerusalem á la muerte del Salvador. Unos golpeaban los bancos, otros rompían los confesonarios y no faltó quien enclavase en el suelo el vestido de una devota, cuyos gritos aumentaron el escándalo y la profanación del templo. Yo salí horrorizado de semejantes desacatos, y acompañé á don Lorenzo á su casa, donde se quedó disponiendo las galas que pensaba lucir el Jueves Santo.

Ese día no fuimos solos mi amigo y yo á visitar las iglesias, sino que todo el pueblo de Madrid salió á la calle con el propio objeto. La corte de España presentaba un cuadro original, pero magnífico, elocuente, digno de un pueblo católico que celebraba la festividad mas solemne de su religion. Las campanas mudas de espanto, no osaban mover sus lenguas; los tambores y los clarines gemían destemplados y roncós; los soldados inclinaban hácia el suelo las mortíferas bocas de los fusiles; los carruages estaban arrestados en las cocheras. Ni el mercader gritaba, ni la verdulera reñía; el sordo rumor de las pisadas era el único sonido que turbaba el magestuoso silencio de la poblacion. La moda había hecho un paréntesis de medio siglo, y las gentes buscaban en la ropa de sus abuelos, la fé cristiana que les había usurpado la revolucion. En el interior de las iglesias no se oía tampoco el estruendo profano de las orquestas, ni el religioso acento del órgano interrumpía la devocion de los fieles, que meditaban sobre la pasion y muerte del Salvador. La reina salió también á *andar las estaciones*, despues de haber lavado los pies y servido una comida á doce pobres en el regio alcazar. Las autoridades siguieron el ejemplo de su soberana, y el recogimiento religioso del jueves, duró hasta las diez de la mañana del sábado, si bien es cierto que en la tarde del viernes se turbó algun tanto la tranquilidad de la poblacion.

La llamada *procesion de los Pasos*, que hoy consiste en pasear por ciertas calles media docena de efígies, escoltadas por medio millon de soldados y presididas por el gefe político, es otro de los desacatos que comete este pueblo católico, apostólico, etc. A juzgar de la procesion por el desórden de los que van en ella, y la irreverencia del inmenso gentío que acude á verla, nadie diría que se trataba de la ceremonia mas grandiosa de nuestra religion. No parece sino que el pueblo que se compungia el jueves, al recordar el escarnio y la burla que hicieron los judíos de su Dios y Señor, quiere en la tarde del viernes, escarnecer y ultrajar, para tener al año siguiente motivo de compungirse. Escusado nos parece decir que hubo corridas, despues de haber dicho que hubo procesion. Si alguna vez se suprime algo será la procesion pero las corridas de ningún modo.

El sábado por la mañana, soltaron sus lenguas las campanas, desquitándose del tiempo perdido por espacio de tres horas; rodaron de nuevo los carruages; se alzaron los fusiles; abrió el comercio sus tiendas, y al toque de gloria y al grito de *alleluya*, todo cobró nueva vida. En los barrios bajos no faltó quien ahorcase un muñeco de paja, llamado Judas, prendiéndole fuego por ende en medio de la calle. El pescado se acordó de que el Miércoles de Ceniza le habían hecho las honras anti-

padas, y se contentó con morir lisa y llanamente, dejando su puesto á los jamones y á los corderos, presidentes natos de la pascua de Resurreccion.

Así pasó la Semana Santa, y con ella los sermones, los ayunos y la oracion. Abriéronse de nuevo los teatros, los tribunales y las velaciones, para tormento de los esposos, de los magistrados y de los solteros. El padre de familias, que había rebajado de su presupuesto la partida de los teatros, se ve obligado á tomar un palco el Domingo de Pascua; el magistrado que creyó seguir cobrando su sueldo sin la molestia de ir á dormir á la audiencia, se encuentra de nuevo rodeado de causas y protocolos; y el novio que había sorteado el compromiso so pretexto de que estaban cerradas las velaciones, se halla en el caso crítico de esponerse á la critica de sus amigos, por huir de que le critique su futura suegra. Pero al cabo y al fin, el padre de familia no se acuerda de lo que le costó el palco, mientras dura la comedia; el magistrado duerme hasta el momento del fallo, y tanto le da echar una negra como una blanca en las votaciones; y el novio se casa, y como entonces no tiene niños ni amas de cria ni otros desperfectos por el estilo, se arrulla como un pichón con su querida tórtola y en paz. En cambio de eso yo, que no soy padre, ni magistrado, ni novio, me aburro en todas épocas, y á no ser por la familia de don Lorenzo, que tuvo la bondad de acordarse de mí el primer día de pascua, Dios sabe si habría preferido casarme ó ser magistrado; cosas ambas demasiadas serias para tomarlas á broma. Pero digo que don Lorenzo se acordó de mí indemnizándose de los sermones que me había predicado en la Cuaresma con una *comida de campo* en Pascua, y yo debo decir á mis lectores lo que fué la tal comida, para que á ellos no les quede nada por saber ni á mi nada callado.

Un cordero que le habían regalado desde Burgos, fué la víctima asada del convite, y yo el cordero convidado para hacer de verdugo en el asador. Mi amigo había ido la vispera á elegir el sitio de la fiesta, y en la pradera del Canal

entre dos álamos verdes
que juntos forman un arco,

nos apeamos de un faeton 15 personas y cinco niños; mas una cesta de provisiones, una almohada y una soga de esparto. La primera operacion de don Lorenzo, fué atar la soga entre los árboles; poner en ella la almohada, y dar permiso á sus hijos para que mecieran sus cuerpos en aquel columpio. Despues distribuyó su gente, mandando á los unos á cortar leña, á los otros á buscar agua, y su muger, su criada, él y yo quedamos instalados en la cocina. El cordero, (Q. E. P. D.) cuatro libras de arroz, un queso, dos cazuelas, una arroba de verduras, y algun otro comestible que traía la cesta, todo se tendió sobre la verde alfombra del campo. Descuartizamos el animalito, limpiamos el arroz, picamos la ensalada y salimos al encuentro de los compañeros que venían cargados de leña y de agua. Mi amigo echó lumbres con un pederal y un eslabon, y á fuerza de soplar la yesca encendida, entre un estropajo que había sacado del bolsillo, logró la llama que un fósforo le habría dado diez minutos antes. Pero el fósforo y las contingencias de llevarle en el bolsillo son otros de los cargos que él hace al siglo actual, y no quiere ser cómplice en lo que él llama obras del diablo para descubrir los secretos del Criador. Sobre la hoguera que formó con la leña colocó la cazuela, y... los que sepan como se hace un arroz con cordero, sabrán lo que hizo mi amigo don Lorenzo. Yo no sé mas sino que cuando nuestro cocinero preguntó por las *especias*, su muger se puso colorada, y él se echó á reir sacando unos papelitos del bolsillo, y dicién-

do que las mugeres eran unas *sosas*; pero que gracias á su memoria nada se habia olvidado.

Mientras borborita el arroz en la cazuela, jugamos á la *gallinita ciega* y á las *cuatro esquinas*, rezoando alegres sobre la verde yerba, hasta que tendido un mantel en el suelo, y puesta en el centro la cazuela, blanco de nuestras esperanzas, se repartió una cuchara de palo á cada uno, y nos pusimos á comer. El vino y el agua se escanció en un vaso de suela, que tambien llevaba á prevencion don Lorenzo, y en el que bebimos los unos el enjuague de los otros, y todos saborearon el sabor de todos. Las bromas de esconder el pan, de echar tierra en el arroz, y de llenar de agua los sombreros, amenizaron la fiesta, y dieron que reir por mas de una semana á la familia de don Lorenzo. Levantamos el campo á las cinco de la tarde, y á las seis menos cuarto saliamos del faeton para entrar en el café de la plazuela de Anton Martin. Allí hizo un gesto mi amigo, como si echara de menos alguna cosa, y le desagradó el encontrar una de mas, que era el papel de color que habia reemplazado á las tablas de pino que antes cubrian sus paredes. De cuatro mesas pequeñas, formamos una grande, y en ella nos sirvieron 20 vasos de leche amengada y media arroba de barquillos. Yo hubiera preferido tomar café; pero me habia propuesto seguir el rumbo de aquellas gentes, y por otra parte me pareció justo acompañarlas hasta la sepultura, muriendo todos de un cólico.

El domingo siguiente tambien estuve convidado en casa de don Lorenzo, á ver pasar el *Dios grande* de su parroquia, y á comer cuajada con tan plausible motivo, y no falté tampoco á la invitacion. No me atrevi á preguntar por qué era grande aquel Dios, que en la especie del pan iba á darse á los enfermos impedidos de la parroquia; pero afortunadamente supe luego, que la grandeza consistia en el lujo de la procesion. Siendo muchos los enfermos, la vispera se habia administrado á los mas el *Dios chico*, y el Dios grande se daba el domingo á los menos. Con esa explicacion renuncié á buscar la igualdad por el camino de las ceremonias religiosas.

Me retiré á mi casa á celebrar por mi parte, ya que el pueblo de Madrid no le celebra por la suya, el aniversario de la muerte de Cervantes leyendo el libro inmortal de nuestra literatura, y me encontré con un librito de efemérides, que en la del 19 de abril de 1616, decia de esta manera:

En Madrid, murió hoy Cervantes
inventor de Don Quijote,
cuya obra envidian y aplauden
las estrangeras naciones.

Este salmo me pareció tan esquisito para leído como útil y provechoso para concluir este artículo.

ANTONIO FLORES.

ESTUDIOS GEOGRÁFICOS.



VISTA DE PUZZOL EN EL REINO DE NÁPOLES.